



ANTOLOGIA
DELLA LETTERATURA SPAGNOLA
DAL BAROCCO AL MODERNISMO

Lope de Vega Carpio
Fuenteovejuna

[Laurencia] ¿Qué dice?

[Barrildo] Que no hay amor.

[Laurencia] Generalmente, es rigor.

[Barrildo] Es rigor y es necesidad.

 Sin amor, no se pudiera
 ni aun el mundo conservar.

[Mengo] Yo no sé filosofar;

 leer, ¡ojalá supiera!

 Pero si los elementos¹
 en discordia eterna viven,

¹ I quattro elementi classici costitutivi della materia: terra, acqua, aria, fuoco.

y de los mismos reciben
nuestros cuerpos alimentos,
cólera y melancolía,
flema y sangre, claro está.

[Barrildo] El mundo de acá y de allá,
Mengo, todo es armonía.

Armonía es puro amor,
porque el amor es concierto.

[Mengo] Del natural os advierto
que yo no niego el valor.

Amor hay, y el que entre sí
gobierna todas las cosas,
correspondencias forzosas
de cuanto se mira aquí;
y yo jamás he negado
que cada cual tiene amor,
correspondiente a su humor,
que le conserva en su estado.

Mi mano al golpe que viene
mi cara defenderá;
mi pie, huyendo, estorbará
el daño que el cuerpo tiene.

Cerraránse mis pestañas
si al ojo le viene mal,
porque es amor natural.

[Pascuala] Pues, ¿de qué nos desengañas?

[Mengo] De que nadie tiene amor
más que a su misma persona.

[Pascuala] Tú mientes, Mengo, y perdona;
porque, ¿es materia el rigor
con que un hombre a una mujer
o un animal quiere y ama
su semejante?

[Mengo] Eso llama
amor propio, y no querer.

¿Qué es amor?

[Laurencia] Es un deseo
de hermosura.

[Mengo] Esa hermosura,
¿por qué el amor la procura?

[Laurencia] Para gozarla.

[Mengo] Eso creo.
Pues ese gusto que intenta,
¿no es para él mismo?

[Laurencia] Es así.

[Mengo] Luego ¿por quererse a sí
busca el bien que le contenta?

[Laurencia] Es verdad.

[Mengo] Pues de ese modo
no hay amor sino el que digo,
que por mi gusto le sigo
y quiero dármele en todo.

*

[Pascuala] ¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

[Laurencia] ¿No veis cómo todos van
a matar a Fernán Gómez,
y nombres, mozos y muchachos
furiosos al hecho corren?
¿Será bien que solos ellos
de esta hazaña el honor gocen?
Pues no son de las mujeres
sus agravios los menores.

[Jacinta] Di, pues, ¿qué es lo que pretendes?

[Laurencia] Que puestas todas en orden,
acometamos a un hecho
que dé espanto a todo el orbe.
Jacinta, tu grande agravio,

que sea cabo; responde
de una escuadra de mujeres.

*

[Juez] Decid la verdad, buen viejo.

[Fronoso] Un viejo, Laurencia mía,
atormentan.

[Laurencia] ¡Qué porfía!

[Esteban] Déjenme un poco.

[Juez] Ya os dejo.

Decid: ¿quién mató a Fernando?

[Esteban] Fuenteovejuna lo hizo.

[Laurencia] Tu nombre, padre, eternizo;
[a todos vas animando].

[Fronoso] ¡Bravo caso!

[Juez] Ese muchacho
aprieta. Perro, yo sé
que lo sabes. Di quién fue.
¿Callas? Aprieta, borracho.

[Niño] Fuenteovejuna, señor.

[Juez] ¡Por vida del rey, villanos,
que os ahorque con mis manos!
¿Quién mató al comendador?

[Fronoso] ¡Que a un niño le den tormento
y niegue de aquesta suerte!

[Laurencia] ¡Bravo pueblo!

[Fronoso] Bravo y fuerte.

[Juez] Esa mujer al momento
en ese potro tened.

Dale esa mancuera luego.

[Laurencia] Ya está de cólera ciego.

[Juez] Que os he de matar, creed,
en este potro, villanos.

¿Quién mató al comendador?

[Pascuala] Fuenteovejuna, señor.

[Juez] ¡Dale!

[Fronoso] Pensamientos vanos.

[Laurencia] Pascuala niega, Fronoso.

[Fronoso] Niegan niños. ¿Qué te espanta?

[Juez] Parece que los encantas.

¡Aprieta!

[Pascuala] ¡Ay, cielo piadoso!

[Juez] ¡Aprieta, infame! ¿Estás sordo?

[Pascuala] Fuenteovejuna lo hizo.

[Juez] Traedme aquel más rollizo,

ese desnudo, ese gordo.

[Laurencia] ¡Pobre Mengo! Él es, sin duda.

[Fronoso] Temo que ha de confesar.

[Mengo] ¡Ay, ay!

[Juez] Comienza a apretar.

[Mengo] ¡Ay!

[Juez] ¿Es menester ayuda?

[Mengo] ¡Ay, ay!

[Juez] ¿Quién mató, villano,

al señor comendador?

[Mengo] ¡Ay, yo lo diré, señor!

[Juez] Afloja un poco la mano.

[Fronoso] Él confiesa.

[Juez] Al palo aplica

la espalda.

[Mengo] Quedo; que yo

lo diré.

[Juez] ¿Quién lo mató?

[Mengo] Señor, ¡Fuenteovejuna!

[Juez] ¿Hay tan gran bellaquería?

Del dolor se están burlando.

En quien estaba esperando,

niego con mayor porfía.

Dejadlos; que estoy cansado.

[Fronoso] ¡Oh, Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
el tuyo me le ha quitado.

LOPE DE VEGA

EL CABALLERO DE OLMEDO

[Tello] ¿Qué es lo que quieres?

[Fabia] Con los hombres, las mujeres
llevamos seguridad.
Una muela he menester
del salteador que ahorcaron
ayer.

[Tello] Pues, ¿no le enterraron?

[Fabia] No.

[Tello] Pues, ¿qué quieres hacer?

[Fabia] Ir por ella, y que conmigo
vayas solo a acompañarme.

[Tello] Yo sabré muy bien guardarme
de ir a esos pasos contigo.
¿Tienes seso?

[Fabia] Pues, gallina,
adonde voy yo, ¿no irás?

[Tello] Tú, Fabia, enseñada estás
a hablar al diablo.

[Fabia] Camina.

[Tello] Mándame a diez hombres juntos
temerario acuchillar,
y no me mandes tratar
en materia de difuntos.

[Fabia] Si no vas, tengo de hacer
que él propio venga a buscarte.

[Tello] ¿Que tengo de acompañarte?

¿Eres demonio o mujer?

[Fabia] Ven, llevarás la escalera;
que no entiendes de estos casos.

[Tello] Quien sube por tales pasos,
Fabia, el mismo fin espera.

*

[Alonso] Yo lo siento, y voy a Olmedo,
dejando el alma en Medina.

No sé cómo parto y quedo.

Amor la ausencia imagina,
los celos, señora, el miedo.

Así parto muerto y vivo,
que vida y muerte recibo.

Mas, ¿qué te puedo decir,
cuando estoy para partir,
puesto ya el pie en el estribo?

Ando, señoras, estos días,
entre tantas asperezas
de imaginaciones mías,
consolado en mis tristezas
y triste en mis alegrías.

Tengo, pensando perderte,
imaginación tan fuerte,
y así en ella vengo y voy,
que me parece que estoy
con las ansias de la muerte.

La envidia de mis contrarios
temo tanto, que aunque puedo
poner medios necesarios,
estoy entre amor y miedo
haciendo discursos varios.

Ya para siempre me privo

de verte, y de suerte vivo,
que mi muerte presumiendo,
parece que estoy diciendo,
"Señora, aquésta te escribo".

Tener de tu esposo el nombre
amor y favor ha sido;
pero es justo que me asombre,
que amado y favorecido
tenga tal tristeza un hombre.

Parto a morir, y te escribo
mi muerte, si ausente vivo,
porque tengo, Inés, por cierto
que si vuelvo será muerto,
pues partir no puedo vivo.

Bien sé que tristeza es;
pero puede tanto en mí,
que me dice, hermosa Inés;
"Si partes muerto de aquí,
¿cómo volverás después?

Yo parto, y parto a la muerte,
aunque morir no es perderte;
que si el alma no se parte,
*¿cómo es posible dejarte,
cuanto más volver a verte?*

[Inés] Pena me has dado y temor
con tus miedos y recelos;
si tus tristezas son celos,
ingrato ha sido tu amor.

Bien entiendo tus razones;
pero tú no has entendido
mi amor.

[Alonso] Ni tú, que han sido
estas imaginaciones
sólo un ejercicio triste
del alma, que me atormenta,

no celos; que fuera afrenta
del hombre, Inés, que me diste.

De sueños y fantasías,
si bien falsas ilusiones,
han nacido estas razones,
que no de sospechas mías.

LOPE DE VEGA

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

[Casilda] ¡Ah gallardo capitán
de mis tristes pensamientos!

[Peribáñez] ¡Ah dama la del balcón,
por quien la bandera tengo!

[Casilda] ¿Vaisos de Ocaña, señor?

[Peribáñez] Señora, voy a Toledo
a llevar estos soldados
que dicen que son mis celos.

[Casilda] Si soldados los lleváis,
ya no ternéis pena dellos,
que nunca el honor quebró
en soldándose los celos.

[Peribáñez] No los llevo tan soldados
que no tenga mucho miedo,
no de vos, mas de la causa
por quien sabéis que los llevo.
Que si celos fueran tales
que yo los llamara vuestros,
ni ellos fueran donde van,
ni yo, señora, con ellos.

*

[Casilda] Mujer soy de un capitán,

si vos sois comendador.
Y no os acerquéis a mí,
porque a bocados y a coces
os haré...

[Comendador] Paso, y sin voces.

[Per.] (¡Ay honra! ¿Qué aguardo aquí? *Aparte*

Mas soy pobre labrador
bien será llegar y hablalle
pero mejor es matalle.)
Perdonad, Comendador,
que la honra es encomienda
de mayor autoridad.

[Comendador] ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Piedad!

[Peribáñez] No temas, querida prenda,
mas sígueme por aquí.

[Casilda] No te hablo de turbada.

LOPE DE VEGA

EL REMEDIO EN LA DESDICHA

[Abindarraez] Famoso alcaide de Alora,
invicto y fuerte Narváez,
a quien por tantas hazañas
pudieran llamar el grande:
sabrás, capitán, que a mí
me llaman Abindarraez,
a diferencia del viejo,
que era hermano de mi padre.
Nací desdichado al mundo,
de la casta Abencerraje,
y porque sepas la suya,
escucha, así Dios te guarde.
Hubo en Granada otro tiempo
este famoso linaje,

en la paz gallardo y sabio,
y en las armas arrogante.
Del consejo eran del Rey
los ya viejos venerables,
los mozos seguían la corte
o en la guerra, capitanes.
Amábalos todo el pueblo
y aun los moros principales,
y más el Rey sobre todos,
con honras y oficios graves.
No hicieron cosa jamás
que su valor no mostrase,
siendo en todo tan gentiles,
valientes y liberales,
que en Granada se decía
que no había Abencerraje
de mala disposición,
necio, escaso ni cobarde.
Eran maestros de todo,
inventores de los trajes,
de las galas, de los motes,
y de otras ilustres partes.
No sirvió dama ninguno
que su favor no alcanzase,
ni dama llamarse pudo
sin galán Abencerraje.
Pero la envidia y fortuna,
una vil y otra mudable,
los derribaron al suelo;
que siempre los altos caen.
Que al Rey quisieron matar
y con sus reinos alzarse,
les levantaron Zegríes;
si fue cierto, Dios lo sabe.

Cortáronles las cabezas
un triste y aciago martes,
quedando de todos ellos
sólo mi tío y mi padre.
Derribáronles las casas,
mandando la misma tarde
pregonarlos por traidores
y su hacienda confiscarles.
No quedó en Granada alguno
que este nombre se llamase,
si no son los dos que digo,
que no pudieron culparles.
No quiso que en la ciudad
los varones se criasen,
y mandó sacar las hijas
en África a otras partes.
Y así, a mí - ¡triste! - en naciendo,
me llevaron al alcaide
de Cartama, hombre muy rico,
ilustre en armas y sangre.
Éste tenía una hija,
Rodrigo, en belleza un ángel,
que es el mayor bien que tengo;
si otro tengo, Alá me falte.
Crióse conmigo niña,
engañados y ignorantes,
que ser hermanos creímos;
mas no engaña el tiempo a nadie.
Crióse amor con nosotros,
niños, niño; grandes, grande.
Lo que pasó en este tiempo
no es tiempo que aquí lo trate.
Desengañónos un moro,
y vimos en un instante
el imposible posible,

y lo posible alejarse.
Casámonos de secreto;
pero, en gloria semejante,
que se partiese a Coín
mandó Almanzor a Zoraide,
y que a mí, mientras viviese,
otro alcaide me dejase
en Cartama, donde he estado
ausente del bien que sabes.
Lloramos nuestra partida,
y partiendo, si se parte,
concertamos que en ausencia
de su padre me llamase.
Fuese su padre a Granada;
escribióme, y yo esta tarde
adecéme cual viste,
por ir de gallardo talle.
Aguardándome está agora.
¡Mira si lloro de balde,
pues voy herido en prisiones,
sin bien y entre tantos males!
De Cartama iba a Coín,
breve jornada, aunque alargue
siempre la tierra el deseo,
poniendo montes y mares;
iba el más alegre moro
que vio Granada, a casarme
con mi señora Jarifa,
que ya en su vida me aguarde.
Véome preso y herido,
y lo que siento es que pase
de mi bien la coyuntura.
Déjame agora matarme.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

LA VIDA ES SUEÑO

¡Ay mísero de mí, y ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido;
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber
para apurar mis desvelos
- dejando a una parte, cielos,
el delito del nacer -,
¿qué más os pude ofender,
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que no yo gocé jamás?

*

[Segismundo] ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados

tan lucidos y bríosos?
¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirva de vestir?
¡Decir que es sueño es engaño!
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
esto que a mi fantasía
sucedió mientras dormía,
que aquí me he llegado a ver?
Pero sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
y venga lo que viniere.

*

[Segismundo] Pues, vil, infame, traidor,
¿qué tengo más que saber,
después de saber quien soy,
para mostrar desde hoy
mi soberbia y mi poder?
¿Cómo a tu patria le has hecho
tal traición, que me ocultaste
a mí pues que me negaste,
contra razón y derecho,
este estado?

[Clotaldo] ¡Ay de mí, triste!

[Segismundo] Traidor fuiste con la ley,
lisonjero con el rey,
y cruel conmigo fuiste.
Y así el rey, la ley y yo,

entre desdichas tan fieras,
te condenan a que mueras
a mis manos.

[Criado 2] ¡Señor!...

[Segismundo] No
me estorbe nadie, que es vana
diligencia. ¡Y vive Dios!
Si os ponéis delante vos,
que os eche por la ventana.

[Criado 1] Huye Clotaldo.

[Clotaldo] ¡Ay de ti,
que soberbia vas mostrando
sin saber que estás soñando!

*

[Segismundo] En lo que no es justa ley
no ha de obedecer al rey;
y su príncipe era yo.

*

[Segismundo] Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe,

y en cenizas le convierte
la muerte, ¡desdicha fuerte!
¿Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
de estas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

*

[Segismundo] ¿Otra vez? ¿Qué es esto cielos?
¿Queréis que sueñe grandezas
que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez queréis que vea
entre sombras y bosquejos
la majestad y la pompa
desvanecida del viento?

¿Otra vez queréis que toque
el desengaño os el riesgo
a que el humano poder
nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser.
Miradme otra vez sujeto
a mi fortuna; y pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras, que fingís
hoy a mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni tenéis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero,
fantásticas ilusiones
que al soplo menos ligero
del aura han de deshacerse,
bien como el florido almendro,
que por madrugar sus flores,
sin aviso y sin consejo,
al primero soplo se apagan,
marchitando y desluciendo
de sus rosados capillos
belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
y sé que os pasa lo mismo
con cualquiera que se duerme;
para mí no hay fingimientos;
que, desengañado ya,
sé bien que la vida es sueño.

[Soldado 2] Si piensas que te engañamos,
vuelve a ese monte soberbio
los ojos, para que veas
la gente que aguarda en ellos
para obedecerte.

[Segismundo] Ya
otra vez vi aquesto mesmo
tan clara y distintamente
como agora lo estoy viendo,
y fue sueño.

[Soldado 2] Cosas grandes
siempre, gran señor, trujeron
anuncios; y esto sería,
si lo soñaste primero.

[Segismundo] Dices bien. Anuncio fue
y caso que fuese cierto,
pues la vida es tan corta,
soñemos, alma, soñemos
otra vez; pero ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar
de este gusto al mejor tiempo;
que llevándolo sabido,
será el desengaño menos;
que es hacer burla del daño
adelantarle el consejo.
Y con esta prevención,
de que cuando fuese cierto,
es todo el poder prestado
y ha de volverse a su dueño,
atrevámonos a todo.
Vasallos, yo os agradezco
la lealtad; en mí lleváis
quien os libre, osado y diestro,
de extranjera esclavitud.
Tocad al arma, que presto
veréis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
tomar armas, y sacar

verdaderos a los cielos.
Presto he de verle a mis plantas...
(Mas si antes de esto despierto, *Aparte*
¿no ser bien no decirlo,
supuesto que no he de hacerlo?)
[Todos] ¡Viva Segismundo, viva!

*

[Segismundo] (*Aparte*)
(Cielos, si es verdad que sueño,
suspendedme la memoria,
que no es posible que quepan
en un sueño tantas cosas.
¡Válgame Dios, quién supiera,
o saber salir de todas,
o no pensar en ninguna!
¿Quién vio penas tan dudosas:
Si soñé aquella grandeza
en que me vi, ¿cómo agora
esta mujer me refiere
unas señas tan notorias?
Luego fue verdad, no sueño;
y si fue verdad - que es otra
confusión y no menor-,
¿cómo mi vida le nombra
sueño? Pues, ¿tan parecidas
a los sueños son las glorias,
que las verdaderas son
tenidas por mentirosas,
y las fingidas por ciertas?
¡Tan poco hay de unas a otras
que hay cuestión sobre saber
si lo que se ve y se goza
es mentira o es verdad!

¿Tan semejante es la copia
al original, que hay duda
en saber si es ella propia?
Pues si es así, y ha de verse
desvanecida entre sombras
la grandeza y el poder,
la majestad, y la pompa,
sepamos aprovechar
este rato que nos toca,
pues sólo se goza en ella
lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder;
su hermosura el alma adora;
gocemos, pues, la ocasión;
el amor las leyes rompa
del valor y confianza
con que a mis plantas se postra.
Esto es sueño; y pues lo es,
soñemos dichas agora,
que después serán pesares.
Mas ¡con mis razones propias
vuelvo a convencerme a mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿quién por vanagloria humana
pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heroicas
que entre sí no diga, cuando
las revuelve en su memoria:
"sin duda que fue soñado
cuanto vi?". Pues si esto toca
mi desengaño, si sé
que es el gusto llama hermosa,
que la convierte en cenizas

cualquiera viento que sopla,
acudamos a lo eterno;
que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas,
ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
más a un príncipe le toca
el dar honor que quitarle.
¡Vive Dios!, que de su honra
he de ser conquistador,
antes que de mi corona.
Huyamos de la ocasión,
que es muy fuerte).

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

EL ALCALDE DE ZALAMEA

[Crespo] ¿Sabéis por qué le prendió?

[Lope] No; mas sea lo que fuere
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar si es necesario.

[Crespo] Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

[Lope] ¿Será más de un villanote?

[Crespo] Un villanote será
que, si cabezudo da,
en que ha de darle garrote,
¡par Dios!, se salga con ello.

[Lope] No se saldrá tal, ¡par Dios!,
y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decidme dó vive o no.

[Crespo] Bien cerca vive de aquí.
[Lope] Pues a decirme vení
quién es el alcalde.
[Crespo] Yo.
[Lope] ¡Voto a Dios, que lo sospecho!
[Crespo] ¡Voto a Dios, como os le he dicho!
[Lope] Pues, Crespo, lo dicho dicho.
[Crespo] Pues, señor, lo hecho hecho.
[Lope] Yo por el preso he venido
y a castigar este exceso.
[Crespo] Pues yo acá le tengo preso
por lo que acá ha sucedido.
[Lope] ¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?
[Crespo] Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?
[Lope] ¿Vos sabéis que mi valor
dueño de esta causa ha sido?
[Crespo] ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?
[Lope] ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?
[Crespo] ¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz y no la quiere?
[Lope] Que os entráis no es bien, se arguya,
en otra jurisdicción.
[Crespo] Él se me entró en mi opinión
sin ser jurisdicción suya.
[Lope] Yo os sabré satisfacer
obligándome a la paga.
[Crespo] Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me pueda hacer.
[Lope] Yo me he de llevar el preso;
ya estoy en ello empeñado.

[Crespo] Yo por acá he sustanciado
el proceso.

[Lope] ¿Qué es proceso?

[Crespo] Unos pliegos de papel,
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.

[Lope] Iré por él
a la cárcel.

[Crespo] No embarazo
que vais, solo se repare
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.

[Lope] Como a esas balas estoy
enseñado yo a esperar...
(Mas no se ha de aventurar *Aparte*
nada en el acción de hoy.)
¡Hola, soldado!

*

[Rey] ¿Qué ha sucedido?

[Lope] Un alcalde
ha prendido un capitán
y viniendo yo por él
no le quieren entregar.

[Rey] ¿Quién es el alcalde?

[Crespo] Yo.

[Rey] ¿Y qué disculpas me dais?

[Crespo] Este proceso, en que bien
probado el delito está,
digno de muerte por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre

rogádole con la paz.

[Lope] Éste es el alcalde, y es
su padre.

[Crespo] No importa en tal
caso; porque, si un extraño
se viniera a querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí. ¿Pues qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara a mi hija,
pues era la sangre igual.
Mírese, si está bien hecha
la causa; miren, si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está algo escrito demás
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.

[Rey] Bien está
sustanciado. Pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid al preso.

[Crespo] Mal
podré, señor, remitirle;
porque, como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquier sentencia que hay

la ejecuta ella; y así
ésta ejecutada está.

[Rey] ¿Qué decís?

[Crespo] Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vello.
Aqueste es el capitán.

Aparece dado garrote en una silla don Álvaro

[Rey] Pues, ¿cómo así os atrevisteis?

[Crespo] Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia,
luego esto no está hecho mal.

[Rey] ¿El consejo no supiera
la sentencia ejecutar?

[Crespo] Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más;
si éste tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre
que esta otra había de matar?
¿Y qué importa errar lo menos
quien acertó lo demás?

TIRSO DE MOLINA

EL BURLADOR DE SEVILLA

[Isabela] Duque Octavio, por aquí
podrás salir más seguro.

[Juan] Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.

[Isabela] Mi gloria, ¿serán verdades
promesas y ofrecimientos,

regalos y cumplimientos,
voluntades y amistades?

[Juan] Sí, mi bien.

[Isabela] Quiero sacar
una luz.

[Juan] Pues, ¿para qué?

[Isabela] Para que el alma dé fe
del bien que llevo a gozar.

[Juan] Mataréte la luz yo.

[Isabela] ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?

[Juan] ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

[Isabela] ¿Que no eres el duque?

[Juan] No.

[Isabela] ¡Ah de palacio!

[Juan] Detente.

Dame, duquesa, la mano.

[Isabela] No me detengas, villano.

¡Ah del rey! ¡Soldados, gente!

Sale el Rey de Nápoles, con una vela en un candelero

[Rey] ¿Qué es esto?

[Isabela] ¡Favor! ¡Ay, triste,
que es el rey!

[Rey] ¿Qué es?

[Juan] ¿Qué ha de ser?

Un hombre y una mujer.

[Rey] (Esto en prudencia consiste.) *Aparte*

¡Ah de mi guarda! Prendé
a este hombre.

[Isabela] ¡Ay, perdido honor!

*

[Juan] ¿Quién es?

[Gonzalo] Yo soy.

[Catalinón] Muerto estoy.

[Gonzalo] El muerto soy, no te espantes,
no entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.

[Juan] ¿Me tienes
en opinión de cobarde?

[Gonzalo] Sí, que aquella noche huiste
de mí, cuando me mataste.

[Juan] Huí de ser conocido,
mas ya me tienes delante,
di presto lo que me quieres.

[Gonzalo] Quiero a cenar convidarte.

[Catalinón] Aquí excusamos la cena,
que toda ha de ser fiambre
pues no parece cocina
[si al convidado le mate].

[Juan] Cenemos.

[Gonzalo] Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.

[Juan] Y si te importa
levantaré esos pilares.

[Gonzalo] Valiente estás.

[Juan] Tengo brío,
y corazón en las carnes.

[Catalinón] Mesa de Guinea es ésta,
pues, ¿no hay por allá quien lave?

[Gonzalo] Siéntate.

[Juan] ¿A dónde?

[Catalinón] Con sillas
vienen ya dos negros pajes.

Salen dos enlutados con sillas

¿También acá se usan lutos
y bayeticas de Flandes?

[Gonzalo] Siéntate tú.

[Catalinón] Yo, señor,
he merendado esta tarde.
Cena con tu convidado.

[Gonzalo] Ea, pues, ¿he de enojarme?
No repliques.

[Catalinón] No replico.
Dios en paz de esto me saque.
¿Qué plato es éste, señor?

[Gonzalo] Este plato es de alacranes
y víboras.

[Catalinón] ¡Gentil plato
para el que trae buena hambre!
¿Es bueno el vino, señor?

[Gonzalo] Pruébale.

[Catalinón] ¡Hiel y vinagre
es este vino!

[Gonzalo] Este vino
exprimen nuestros lagares
¿No comes tú?

[Juan] Comeré
si me dices áspid a áspid
cuanto el infierno tiene.

[Gonzalo] También quiero que te canten.

Canten

[Músicos] "Adviertan los que de Dios
juzgan los castigos tarde,
que no hay plazo que no llegue

ni deuda que no se pague”.

[Catalinón] Malo es esto, vive Cristo,
que he entendido este romance,
y que con nosotros habla.

[Juan] Un hielo el pecho me parte.

Canten

[Músicos] ”Mientras en el mundo viva,
no es justo que diga nadie
qué largo me lo fiáis
siendo tan breve el cobrarse”.

Guillén de Castro

Las Mocedades del Cid

[Rodrigo] Suspenso, de afligido,
estoy... Fortuna, ¿es cierto lo que veo?
¡Tan en mi daño ha sido
tu mudança, que es tuya, y no la creo!...
¿Posible pudo ser que permitiese
tu inclemencia que fuese
mi padre el ofendido... ¡estraña pena!
y el ofensor el padre de Ximena?
¿Qué haré, suerte atrevida,
si él es el alma que me dio la vida?
¿Qué haré (¡terrible calma!),
si ella es la vida que me tiene el alma?
Mezclar quisiera, en confianza tuya,
mi sangre con la suya,
¿y he de verter su sangre?... ¡brava pena!
¿yo he de matar al padre de Ximena?
Mas ya ofende esta duda
al santo honor que mi opinión sustenta.

Razón es que sacuda
de amor el yugo, y la cerviz esenta
acuda a lo que soy; que habiendo sido
mi padre el ofendido,
poco importa que fuese iamarga pena!,
el ofensor el padre de Ximena.

¿Qué imagino? Pues que tengo
más valor que pocos años,
para vengar a mi padre
matando al Conde Loçano
¿qué importa el bando temido
del poderoso contrario,
aunque tenga en las montañas
mil amigos Asturianos?
Y ¿qué importa que en la Corte
del Rey de León, Fernando,
sea su voto el primero
y en guerra el mejor su brazo?
Todo es poco, todo es nada
en descuento de un agravio,
el primero que se ha hecho
a la sangre de Laín Calvo.
Daráme el cielo ventura,
si la tierra me da campo,
aunque es la primera vez
que doy el valor al brazo.

*

[Conde] Tengo condición de honrado.

[Perans] Y con ella ¿has de querer
perderte?

[Conde] ¿Perderme? No,
que los hombres como yo

tienen mucho que perder,
y ha de perderse Castilla
antes que yo.

[Perans] ¿Y no es razón
el dar tú...?

[Conde] ¿Satisfacción?
¡Ni dalla ni recibilla!

[Perans] ¿Por qué no? No digas tal.
¿Qué duelo en su ley lo escribe?

[Conde] El que la da y la recibe,
es muy cierto quedar mal,
porque el uno pierde honor,
y el otro no cobra nada;
el remitir á la espada
los agravios es mejor.

[Perans] Y ¿no hay otros medios buenos?

[Conde] No dicen con mi opinión.
Al dalle satisfacción
¿no he de decir, por lo menos,
que sin mí y conmigo estaba
al hacer tal desatino,
o porque sobraba el vino,
o porque el seso faltaba?

[Perans] Es así.

[Conde] Y ¿no es desvarío
el no advertir, que en rigor
pondré un remiendo en su honor
quitando un girón del mío?
Y en habiendo sucedido,
habremos los dos quedado,
él, con honor remendado,
y yo, con honor perdido.
Y será más en su daño
remiendo de otro color,
que el remiendo en el honor

ha de ser del mismo paño.

No ha de quedar satisfecho
de esa suerte, cosa es clara;
si sangre llamé a su cara,
saque sangre de mi pecho,
que manos tendré y espada
para defenderme dél.

[Perans] Esta opinión es cruel.

[Conde] Esta opinión es honrada.

Procure siempre acertalla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defendella, y no emendalla.

JUAN RUIZ DE ALARCÓN
LA VERDAD SOSPECHOSA

[Tristán] ¿Eres tierno?

[García] Mozo soy.

[Tristán] Pues en lugar entras hoy
donde Amor no vive ocioso.

Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo,
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.

En el vicio y la virtud
y el estado hay diferencia,
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.

Las señoras, no es mi intento
que en este número estén,
que son ángeles a quien
no se atreve el pensamiento.

Sólo te diré de aquellas
que son, con alma livianas
siendo divinas, humanas;
corruptibles, siendo estrellas.

Bellas casadas verás,
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas
porque resplandecen más.

Éstas, con la conjunción
de maridos placenteros,
influyen en extranjeros
dadivosa condición.

Otras hay cuyos maridos
a comisiones se van,
o que en las Indias están,
o en Italia, entretenidos.

No todas dicen verdad
en esto, que mi taimadas
suelen fingirse casadas
por vivir con libertad.

Verás de cautas pasantes
hermosas recientes hijas;
éstas son estrellas fijas,
y sus madres son errantes.

Hay una gran multitud
de señoras del tusón,
que, entre cortesanas, son
de la mayor magnitud.

Síguense tras las tusonas,
otras que serlo desean,
y, aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.

Éstas son unas estrellas
que dan menor claridad;
mas, en la necesidad,

te habrás de alumbrar con ellas.

La buscona, no la cuento
por estrella, que es cometa;
pues ni su luz es perfeta
ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero,
y, en cumpliéndose el agüero,
al punto desaparece.

Niñas salen que procuran
gozar todas ocasiones;
éstas son exhalaciones
que, mientras se queman, duran.

Pero que adviertas es bien,
si en estas estrellas tocas,
que son estables muy pocas,
por más que un Perú les den.

No ignores, pues yo no ignoro,
que un signo el de Virgo es,
y los de cuernos son tres:
Aries, Capricornio y Toro.

Y así, sin fiar en ellas,
lleva un presupuesto solo,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA
ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO

[Andrea] Puede ser que éste lo sea,
pero no hay marido bueno.
Ver cómo se hacen temer
a los enojos menores,

y aquel hacerse señores
de su perpetua mujer;
aquella templanza rara
y aquella vida tan fría,
donde no hay un "¡alma mía!"
por un ojo de la cara;
aquella vida también
sin cuidados ni desvelos,
aquel amor tan sin celos,
los celos tan sin desdén,
la seguridad prolija
Y las tibiezas tan grandes,
que pone un requiebro en Flandes
quien llama a su mujer "hija".
¡Ah! Bien haya un amator
de estos que se usan agora,
que está diciendo que adora
aunque nunca tenga amor.
Bien haya un galán, en fin,
que culto a todo vocablo,
aunque una mujer sea diablo,
dice que es un serafín.
Luego que es mejor se infiera,
haya embuste o ademán,
aunque más finja un galán
que un marido, aunque más quiera.

[Isabel] Lo contrario he de creer
de lo que arguyendo estás
y de mi atención verás
que el marido y la mujer,
que se han de tener, no ignoro,
en tálamo repetido,
respeto ella a su marido
y él a su mujer decoro;
y este callado querer

mayor voluntad se nombre;
que no ha de tratar un hombre
como a dama su mujer.
Y así mi opinión verás
de mi argumento evidente;
menos habla quien más siente,
más quiere quien calla más.
No esa llama solícito,
todo lenguas al arder,
porque un amor bachiller
tiene indicios de apetito;
y así, tu opinión sentencio
a mi enojo a mi rigor;
que antes es seña de amor
la cautela del silencio.

AGUSTÍN MORETO
EL LINDO DON DIEGO

[Mosquito] ¡Jesús, Jesús! Dadme albricias.
[Leonor] ¿De qué las pides, Mosquito?
[Mosquito] De haber visto a vuestros novios;
que apenas el viejo hoy dijo
la sobriniboda cuando
partí como un hipogrifo,
fui, vi y vencí mi deseo,
y vi vuestro par de primos.
[Leonor] Y ¿cómo son?
[Mosquito] Hombres son.
[Leonor] Siempre estás de un humor mismo,
pues ¿podían no ser hombres?
[Mosquito] Bien podían ser borricos;
que en traje de hombre hay hartos.

[Leonor] Y ¿cómo te han parecido?

[Mosquito] El don Mendo, que es el tuyo,

galán, discreto, advertido,

cortés, modesto y afable;

menos algún revoltillo

que se le irá descubriendo

con el uso de marido.

[Leonor] Si él es tan afable agora,

casado será lo mismo.

[Mosquito] Eso no, que suelen ser

como espadas los maridos,

que en la tienda están derechas,

y comprándolas sin vicio,

en el primer lance salen

con más corcova que un cinco.

[Inés] ¿Y don Diego?

[Mosquito] Ése es un cuento

sin fin pero con principio;

que es lindo el don Diego y tiene,

más que de Diego, de lindo.

Él es tan rara persona

que, como se anda vestido,

puede en una mojiganga

ser figura de capricho.

Que él es muy gran marinero

se ve en su talle y su brío

porque el arte suyo es arte

de marear los sentidos.

Tan ajustado se viste,

que al andar sale de quicio,

porque anda descoyuntado

del tormento del vestido.

De curioso y aseado

tiene bastantes indicios

porque, aunque de traje no,

de sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso parece
ateísta y lo colijo
de que, según él discurre,
no espera el día del juicio.
A dos palabras que hable
le entenderás todo el hilo
del talento, que él es necio
pero muy bien entendido.
Y porque mejor te informes
de quién es y de su estilo,
te pintaré la mañana
que con él hoy he tenido.
Yo entré allá y le vi en la cama,
de la frente al colodrillo
ceñido de un tocador,
que pensé que era judío.
Era el cabello, hecho trenzas,
clin de caballo morcillo,
aunque la comparación
de rocín a rüin ha ido.
Con su bigotera puesta
estaba el mozo jarifo,
como mulo de arriero
con jáquima de camino;
las manos en unos guantes
de perro, que por aviso
del uso de los que da,
las aforra de su oficio.
De este modo, de la cama
salió a vestirse a las cinco
y en ajustarse las ligas
llegó a las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo

y, en memoria de Narciso,
le dio las once en la luna;
y en daga y espada y tiros,
capa, vueltas y valona
dio las dos y después dijo,
"Dios me vuelva a Burgos,
donde sin ir a visitas vivo,
que para mí es una muerte
cuando de priesa me visto.
Mozo, ¿dónde habrá agora misa?"
Y el mozo, humilde, le dijo,
"A las dos dadas, señor,
no hay misa sino en el libro".
Y él respondió muy contento,
"No importa, que yo he cumplido
con hacer la diligencia.
Vamos a ver a mi tío".
Éste es el novio, señora,
que de Burgos te ha venido;
tal que primero que al novio
esperara yo un novillo.
[Inés] ¡Ay, don Juan! Con estas nuevas
es menos ya el temor mío,
pues mi padre no es posible
que me entregue a este martirio.

JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

LA MONJA ALFÉREZ

[Alcalde] Vístase la ropa, amigo.
[Guzmán] Qué ropa? Yo soy soldado, [...]
y en mi traje han de llevarme.
[Religioso] No mire en puntos, hermano,
que va a morir, y es cristiano.
[Guzmán] (Pues yo que dejo quitarme *Aparte*

la vida por no decir,
que soy mujer, ni traer
faldas, había de querer
llevarlas para morir?)

[Religioso] Advierta, que los perdones
del hábito perderá.

[Guzmán] Misas hay, todo será
un año más de tizones.

[Religioso] ¡Qué terrible obstinación!

[Guzmán] (Por no parecer mujer, *Aparte*
todo lo quiero perder
fuera del alma.)

*

[Juan] La sentencia ha suspendido
el Virrey, porque ha sabido
de vuestro amigo don Diego
que sois mujer.

[Guzmán] ¿Mujer yo?
Miente, mande su excelencia
ejecutar la sentencia,
que don Diego se engañó
por excusarme la muerte.

[Machín] ¡Vive Cristo que has de ser,
aunque no quieras mujer,
y líbrate de esa suerte,
que después ello dirá.

[Religioso] Si lo tiene por afrenta,
sin fruto negarlo intenta,
que el caso es público ya.

[Juan] Y de todos viene a ser
el mayor daño morir.

[Guzmán] ¿Para qué quiero vivir

si saben que soy mujer?

*

[Guzmán] Si os he dicho,
y os dice mi vida, cuánto
mi propio ser aborrezco.
Si de mis padres, y hermanos
troqué la amada presencia
por el indómito arauco;
si recibí mil heridas,
y si de Miguel de Arauso
mi mismo hermano vertió
la sangre mi airada mano,
si del último suplicio,
viendo ya el lugar infausto,
me dejaba dar la muerte
en un infame teatro,
todo por no publicar
que soy mujer, no es en vano
querer que me vista ahora
de lo que aborrezco tanto?

[Sebastián] Por vuestro gusto habéis hecho
excesos tan mal pensados,
quizá porque no tuvisteis
quién supiese aconsejaros.
Mas ya que yo os aconsejo,
y que el nombre me habéis dado
de amigo, tengo de ver,
si con vos, Alférez, valgo
más que vuestra inclinación,
y si queréis por un rato
de disgusto, que me tenga
por hombre poco avisado
el Oidor si a su presencia,
que ha de respetarse tanto

os llevo en traje indecente.

[Guzmán] Pues decid, ¿que desacato
se hace a su autoridad,
si ya por ello el Vicario
de Madrid me tuvo presa,
y por haberle informado
de mis hazañas, me dio
por libre?

[Sebastián] Pues publicado
con ello que sois mujer,
¿qué perderéis en mudaros
por dos horas en su traje?

[Guzmán] Dos horas son dos mil años,
y no quiero parecerlo,
ya que no puedo negarlo.
Demás, que el Oidor querrá
verme en el mismo que traigo:
mas la novedad es ésta
que le obligue a desearlo.
¿Que en el otro qué hay que ver?
¿Es por ventura milagro
ver una mujer vestida
de mujer?

[Sebastián] Sí, cuando ha dado
tanta materia a la fama
con hechos tan señalados,
que ellos, no el disfraz, le mueven
a querer veros, y hablaros.
Esto en efecto ha de ser,
que ya por el mismo caso
que me resistís, celoso
de ver lo poco que valgo
con vos, o he de conseguirlo,
o jamás tengo de hablaros.

[Machín] Acabóse, vizcaínos,
testarudos sois entrambos,
ved por cuál ha de quebrar.
Mas tú que estás rehúsando
parecer mujer, y en nada
podrás parecerlo tanto
como en decir tijeretas,
has de ser lo más delgado.

[Guzmán] Claro está que lo he de ser,
pues un amigo, a quien guardo
tanto respeto, se empeña
tan resuelto, y arrojado.
Dame ese manteo.

*

[Sebastián] ¿A qué remuneración
os inclináis?

[Guzmán] Si podréis
para Flandes negociar
una ventaja, me holgara
que su Majestad premiara
mis hechos con emplear
en sus servicios estas manos,
que rabian ya por saber,
si pueden también vencer
flamencos como araucanos.

Pero si al fin conquistar
no podéis merced ninguna,
pretended al menos una,
que es muy fácil de alcanzar.

[Sebastián] ¿Cuál es?

[Guzmán] Que me consienta
andar siempre de varón,
que con esta permisión

quedo pagada, y contenta.

[Sebastián] Pues sin tenerla te pones
en su traje, ¿qué te inquieta?

[Guzmán] No quiero vivir sujeta
a enfados, y vejaciones.

[Sebastián] Por advertido me doy,
mas trata de prevenirte,
que es hora ya de partirte,
que en casa el Vizconde voy.

LA PROSA BAROCCA

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

EL ALGUACIL ENDEMONIADO

Fue el caso que entré en San Pedro a buscar al licenciado Calabrés, clérigo de bonete de tres altos hecho a modo de medio celemín, orillo por ceñidor y no muy apretado, puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, rosario en mano, disciplina en cinto, zapato grande y de ramplón y oreja sorda, habla entre penitente y disciplinante, derribado el cuello al hombro como el buen tirador que apunta al blanco, mayormente si es blanco de Méjico o de Segovia, los ojos bajos y muy clavados en el suelo, como el que cudicioso busca en él cuartos, y los pensamientos triples, color a partes hendida y a partes quebrada, tardón en la mesa y abreviador en la misa, gran cazador de diablos, tanto que sustentaba el cuerpo a purros espíritus. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los malcasados. Traía en la capa remiendos sobre sano, hacía del desaliño santidad, contaba revelaciones, y si se descuidaban a creerle, hacía milagros. ¿Qué me canso? Este, señor, era uno de los que Cristo llamó sepulcros hermosos por de fuera, blanqueados y llenos de molduras, y por de dentro pudrición y gusanos, fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era, en buen romance, hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz. Halléle en la sacristía solo con un hombre que atadas las manos en el cingulo y puesta la estola descompuestamente, daba voces con frenéticos movimientos.

- ¿Qué es esto? - le pregunté espantado.

Respondióme:

- Un hombre endemoniado-, y al punto, el espíritu que en él tiranizaba la posesión a Dios, respondió:

- No es hombre, sino alguacil. Mirad cómo habláis, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabéis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana; por lo cual, si queréis acertar, debéis llamarme a mí demonio enalguacilado, y no a éste alguacil endemoniado. Y avenísos tanto mejor los hombres con nosotros que con ellos cuanto no se puede encarecer, pues nosotros huimos de la cruz y ellos la toman por instrumento para hacer mal. ¿Quién podrá negar que demonios y alguaciles no tenemos un mismo oficio, pues bien mirado nosotros procuramos condenar y los alguaciles también; nosotros que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran con más ahínco, porque ellos lo han menester para su sustento y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal a hombres como ellos y a los de su género, y nosotros no, que somos ángeles, aunque sin gracia. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser más que Dios y los alguaciles son alguaciles por querer ser menos que todos. Así que por demás te cansas, padre, en poner reliquias a este, pues no hay santo que si entra en sus manos no quede para ellas. Persuádete que el alguacil y nosotros todos somos de una orden, sino que los alguaciles son diablos calzados y nosotros diablos recoletos, que hacemos áspera vida en el infierno.

Admiráronme las sutilezas del diablo. Enojóse Calabrés, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer, y al echarle agua bendita a cuestras comenzó a huir y a dar voces, diciendo:

- Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua. No hay cosa que tanto aborrezcan, pues en su nombre (se llama alguacil) es encajada una *l* en medio, y porque acabéis de conocer quién son y cuán poco tienen de cristianos, advertid que de pocos nombres que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos merinos, le han dejado por llamarse alguaciles (que alguacil es palabra morisca), y hacen bien, que conviene el nombre con la vida y ella con sus hechos.

- Eso es muy insolente cosa oírlo -dijo furioso mi licenciado-, y si le damos licencia a este enredador, dirá otras mil bellaquerías y mucho mal de la justicia porque corrige el mundo y le quita, con su temor y diligencia, las almas que tiene negociadas.

- No lo hago por eso -replicó el diablo-, sino porque ése es tu enemigo que es de tu oficio. Y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste alguacil, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé después mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías.

- Yo te echaré hoy fuera -dijo Calabrés- de lástima de ese hombre que aporreas por momentos y maltratas, que tus culpas no merecen piedad ni tu obstinación es capaz della.

- Pídemme albricias-respondió el diablo- si me sacas hoy. Y advierte que estos golpes que le doy y lo que le aporreo, no es sino que yo y su alma venimos acá sobre quién ha de estar en mejor lugar y andamos a "más diablo es él".

Acabó esto con una gran risada; corrióse mi bueno de conjurador y determinóse a enmudecerle. Yo, que había comenzado a gustar de las sutilezas del diablo, le pedí que, pues estábamos solos y él como mi confesor sabía mis cosas secretas y yo como amigo las suyas, que le dejase hablar, apremiándole solo a que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hízose así, y al punto dijo:

- Donde hay poetas, parientes tenemos en corte los diablos, y todos nos lo debéis por lo que en el infierno os sufrimos, que habéis hallado tan fácil modo de condenaros que hierve todo él en poetas y hemos hecho una ensancha a su cuartel; y son tantos que compiten en los votos y elecciones con los escribanos. Y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas, porque hay quien le lleva de acá cartas de favor para ministros, y créese que ha de topar con Radamanto y pregunta por el Cerbero y Aqueron-te y no puede creer sino que se los esconden.

- ¿Qué géneros de penas les dan a los poetas?-reliqué yo.

- Muchas -dijo- y propias. Unos se atormentan oyendo las obras de otros, y a los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y aún no acaba de leer unas endechillas a los celos. Otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre si dirá faz o cara. Cuál, para hallar un consonante, no hay cerco en el infierno que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y más mal lugar tienen son los poetas de comedias, por las muchas reinas que han hecho, las infantas de Bretaña que han deshonrado, los casamientos desiguales que han hecho en los fines de las comedias y los palos que han dado a muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demás, sino que, por cuanto tratan de hacer enredos y marañas, se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que solo trata deso. Y en el infierno están todos aposentados con tal orden, que un artillero que bajó allá el otro día, queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que había tenido dijese que hacer tiros en el mundo, fue remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre, porque dijo que había vivido de cortar de vestir, fue aposentado en los maldicientes. Un ciego, que quiso encajarse con los poetas, fue llevado a los enamorados, por serlo todos. Otro que dijo: "Yo en-

terraba difuntos”, fue acomodado con los pasteleros. Los que venían por el camino de los locos ponemos con los astrólogos, y a los por mentecatos con los alquimistas. Uno vino por unas muertes y está con los médicos. Los mercaderes, que se condenan por vender, están con Judas. Los malos ministros, por lo que han tomado, alojan con el mal ladrón. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo que había vendido agua fría, fue llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres días ha, y dijo que él se condenaba por haber vendido gato por liebre, y pusímoslo de pies con los venteros, que dan lo mismo. Al fin todo el infierno está repartido en partes con esta cuenta y razón.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

LA VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS

Yo, señor, soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fue el tal, como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría de que le llamasen así diciendo que él era tundidor de mejillas, y sastre de barbas. Dicen, que era de muy buena cepa, y, según él bebía, es cosa para creer. Estuvo casado con Andolza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja (aun viéndola con canas y rota), aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, esforzaba que descendía de la Gloria. Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los copleros de España harían cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros. Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras le daba con el agua levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba, muy a su salvo, los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angélico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre (buen siglo haya), por ser tal, que robaba a todas las voluntades.

Por estas y otras niñerías estuvo preso, aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra; que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaba eminencia. Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció bien mi padre a pie y a caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della.

¡Mi madre, pues, no tuvo calamidades! Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a todos cuantos la trataban; sólo diz que le dijo no sé qué de un cabrón y volar, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos y encubría canas. Empreñaba piernas con pantorrillas postizas. Y, con no tratarla nadie que se le cubriese pelo, solas las calvas cubría, porque hacía cabelleras. Poblaba quijadas con dientes. Al fin, vivía de adornar hombres y era remedona de cuerpos. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas; otros, juntona; cuál la llamaba enflautadora de miembros, y cuál, tejedora de carnes, y por mal nombre alcagüeta y flux para los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para dar mil gracias a Dios. No me detendré en decir la penitencia que hacía. Tenía su aposento, donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que, como era chico, podía), todo rodeado de calaveras, que ella decía eran para memorias de la muerte, y otros, por vituperarla, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y decíame a mí:

- ¡Qué piensas? Con el recuerdo desto aconsejo a los que bien quiero que, para que se libren dellas vivan con la barba sobre el hombro, de suerte que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren.

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre, tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni a uno ni a otro. Decíame mi padre:

- Hijo, esto de ser, ladrón no es arte mecánica, sino liberal.

Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía de manos:

- ¡Cómo a mi sustentado?- dijo ella con gran cólera, que le pesaba, que yo no me aplicase a brujo - Yo os he sustentado a vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo, o por las bebidas que yo os daba? Gracias a mis botes. Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo que cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se desensartara un rosario, de muelas de difuntos, que tenía. Metílos en paz, diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que para esto me pusiesen a la escuela, pues sin leer ni escribir no sé podía hacer nada.

Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre se entró dentro y tornó a ocuparse en sartar las muelas, y mi padre fue a rapar a uno (así lo di-

jo él), no sé si la barba o la bolsa; lo más ordinario era una y otra. Yo me quedé solo, dando gracias a Dios que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS
AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco día,
Y podrá desatar esta alma mía
Hora, a su afán ansioso lisonjera;
Mas no de esotra parte en la ribera
Dejará la memoria, en donde ardía:
Nadar sabe mi llama el agua fría,
Y perder el respeto a ley severa.
Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido,
Venas, que humor a tanto fuego han dado,
Médulas, que han gloriosamente ardido,
Su cuerpo dejará, no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS
SONETO AMOROSO

A fugitivas sombras doy abrazos;
en los sueños se cansa el alma mía;
paso luchando a solas noche y día
con un trasgo que traigo entre mis brazos.
Cuando le quiero más ceñir con lazos,
y viendo mi sudor, se me desvía,
vuelvo con nueva fuerza a mi porfía,
y temas con amor me hacen pedazos.
Voyme a vengar en una imagen vana

que no se aparta de los ojos míos;
búrlame, y de burlarme corre ufana.

Empiézola a seguir, fáltanme bríos;
y como de alcanzarla tengo gana,
hago correr tras ella el llanto en ríos.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS
RETRATO DE LISI QUE TRAÍA EN UNA SORTIJA

En breve cárcel traigo aprisionado,
Con toda su familia de oro ardiente,
El cerco de la luz resplandeciente,
Y grande imperio del Amor cerrado.

Traigo el campo que pacen estrellado
Las Fieras altas de la piel luciente;
Y a escondidas del Cielo y del Oriente,
Día de luz y parto mejorado.

Traigo todas las Indias en mi mano,
Perlas que en un diamante por rubíes,
Pronuncian con desdén sonoro hielo,
Y razonan tal vez fuego tirano
Relámpagos de risa carmesíes,
Auroras, gala y presunción del Cielo.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS
A AMINTA, QUE SE CUBRIÓ LOS OJOS CON LA MANO

Lo que me quita en fuego, me da en nieve
La mano que tus ojos me recata;
Y no es menos rigor con el que mata,
Ni menos llamas su blancura mueve.

La vista frescos los incendios bebe,

Y volcán por las venas los dilata;
Con miedo atento a la blancura trata
El pecho amante, que la siente aleve.
 Si de tus ojos el ardor tirano
Le pasas por tu mano por templarle,
Es gran piedad del corazón humano;
 Mas no de ti, que puede al ocultarle,
Pues es de nieve, derretir tu mano,
Si ya tu mano no pretende helarle.

MATEO ALEMÁN

GUZMÁN DE ALFARACHE

Mi amo holgaba de oírme, más que por oírme. Y como buen jardinero, recogía las flores que le parecían convenientes para el ramillete que deseaba componer y dejaba lo restante para su entretenimiento. Conversaba conmigo de secreto lo que decían otros en público. Y no sólo conmigo; antes, como deseaba saber y acertar, solicitaba las habilidades de hombres de ingenio, favorecíalos y honrábalos, y si eran menesterosos, dábales lo que buenamente podía y vía que les faltaba por un modo discreto, sin que pareciese limosna, dejándolos contentos, pagados y agradecidos.

Acostumbraba de ordinario sentar dos o tres éstos a su mesa, donde se proponían cuestiones graves, políticas y del Estado, principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. Desta manera, sin descubrirse, recibía pareceres y disfrutaba lo más esencial dellos. Lo mismo hacía con oficiales y gente ciudadana honrada, que, sustentándoles amistad, sabía dellos los agravios que recibían, el reparo que podían tener, de qué ánimo estaban; y después, con su buen juicio disponía según le convenía y en pocos casos erraba.

Era muy discreto, compuesto, virtuoso, gentil estudiante y amigo de tales. Tenía las calidades que pide semejante plaza. Mas en medio della, en lo mejor de todo estaba sembrado y nacido un «pero». Manzana fue nuestra general ruina y pero la perdición de cada particular.

Era enamorado. Que no hay carne tan sana, donde no haya corrupción y se hallen miserias y enfermedades. La suya era querer bien y aun con exceso. Y en materia semejante cada uno juzga como le parece. Aunque muchos políticos dijeron que no se podía dar hombre cumplidamente perfecto sin haber sido enamorado, según lo sintió un gracioso la-

brador, pregonero en su pueblo. El cual, habiéndose pregonado muchas veces un jumento que a otro labrador se le había perdido, como no pareciese -porque lo debieron de hurtar gitanos, que si es necesario para desaparecerlos y que no los conozcan, los tiñen verdes- y el dueño le pidiese con mucho encarecimiento que lo volviese a pregonar el domingo después de misa mayor, y que, si pareciese, le daría un ceboncillo que tenía, el traidor pregonero, movido de la codicia, lo hizo según se lo pidió; y estando todo el pueblo junto en la plaza, se puso en medio della y en voz alta dijo: «El que de todos los vecinos deste lugar y zagales dél nunca hubiere sido enamorado, véngalo diciendo y le darán un gentil recental». Estaba puesto al sol, arrimado a las paredes de la casa de Concejo, un mocetón de veinte y dos años al parecer, melenudo, un sayo largo pardo, con jirones, abierto por el hombro y cerrado por delante, calzón de frisa blanca, plegado por abajo; camisa de cuello colchado, que no se lo pasara un arco turquesco con una muy aguda flecha; caperuza de cuartos, las abarcas de cuero de vaca y atadas por encima con tomizas, la pierna desnuda, y dijo: «Hernán Sanz, dádmelo a mí, que, par diez, nunca hu ñamorado ni m'ha quillotrado tal refunfuñadura». Entonces el pregonero, llamando al dueño del jumento muy apriesa y señalando al mocetón con el dedo, le dijo: «Antón Berrocal, dadme el ceboncillo y veis aquí vuestro asno».

Y porque lo levantemos más de puntas con verdades, y de nuestro tiempo, en Salamanca un catedrático de prima, de los más famosos y graves letrados de aquella universidad, visitaba por su entretenimiento a una señora monja, hermosa, de mucha calidad y discreta; y, siéndole forzoso a él hacer ausencia de allí por algunos días, aunque breves, fuese sin despedirse della, pareciéndole haber hecho una fineza en amor.

Después, cuando volvió del viaje y la quisiese visitar, como ella no admitiese su visita, quedó tan suspenso como triste, porque ignoraba cuál fuese la causa de novedad semejante, habiéndole hecho siempre tanta merced. Mas, cuando por buena diligencia supo la causa, estimóselo en mucho, pareciéndole que antes aquello era en cierta manera un género de favor. Envióle a dar sus disculpas, haciendo instancia en suplicarle lo viesse, poniendo por terceras para ello algunas amigas de ambas partes.

Ya por la mucha importunación, aunque de mala gana, salió a recibir la visita; empero con tanto enojo y cólera, que lo dio bien a conocer, pues las primeras palabras fueron decirle: «Debéis de ser mal nacido, y tan bajos pensamientos no arguyen menos que humilde linaje. Lo cual confirma vuestro mal proceder, y así habéis dado dello infame muestra; pues teniendo el ser que tenéis por mi respeto y habiendo llegado por él a el punto en que os veis, olvidado de todo y de lo que me cuesta el haberos calificado, me habéis perdido el

debido reconocimiento. Mas, pues fue mía la culpa con engrandeceros, no es mucho que padezca la pena de sufriros».

A estas palabras añadió muchas otras de aspereza, tanto, que ya el pobre señor, hallándose corrido -por los que a semejante sequedad se hallaron presentes- y atajado de un exceso de rigor, dijo: «Señora, en cuanto tener Vuestra Merced queja de mí, ya sea con razón o sin ella, y acusar mi mal proceder, pase, porque cada uno siente como ama y conozco que todo aquesto nace de la mucha merced que la vuestra me hace; mas en lo forzoso, justo y necesario, habré de satisfacer a los presentes por mi honra, que si Dios fue servido de traerme a el puesto que tengo, no ha sido por sobornos ni por favores, antes por mis trabajos y continuos estudios en las letras». Ella entonces, no dejándole pasar adelante, antes con ira, le replicó luego: «¿Pues cómo, traidor, y teníades vos entendimiento para conseguirlas en tal extremo ni para remendaros un zapato viejo, si yo no hubiera puesto el caudal, con daros licencia que me amárades?»

Conforme a esto, averiguado queda lo que importe amar y no ser tan gran delito quanto lo crimiran, digo cuando los fines no son deshonestos. Mas en mi amo juzgábase a mala parte: habían excedido y traspasado la raya, de que me cargaban a mí lo malo dellos, achacándome que después que yo le servía, tenía legrado el caxco y le sonaban dentro caxcabeles, lo cual no se le había sentido basta entonces.

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA
EL DIABLO COJUELO

Daban en Madrid, por los fines de julio, las once de la noche en punto, hora menguada para las calles, y, por faltar la luna, jurisdicción y término redondo de todo requiebro lechuzo y patarata de la muerte. El Prado boqueaba coches en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares los Adanes y las Evas de la Corte, fregados más de la arena que limpios del agua, decían el *Ite, río est*, cuando don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, hidalgo a cuatro vientos, caballero huracán y encrucijada de apellidos, galán de noviciado y estudiante de profesión, con un broquel y una espada, aprendía a gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venía a los alcances por un estupro que no lo había comido ni bebido, que en el pleito de una doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase sólo lo que tantos habían merendado; y como solicitaba escaparse del «para en uno son» (sentencia definitiva del cura de la parroquia y auto que no lo revoca si no es el vicario Responso, juez de la otra vida),

no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho tejado, como si las tuviera, a la buharda de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se bruju- leaba, estrella de la tormenta que corría, en cuyo desván puso los pies y la boca a un mismo tiempo, saludándolo como a puerto de tales naufragios, y dejando burlados los ministros del agarro y los honrados pensamientos de mi señora doña Tomasa de Vitigudino, doncel- la chanflona, que se pasaba de noche como cuarto falso, que, para que surtiese efecto su bellaquería, había cometido otro estelionato más con el capitán de los jinetes a gatas que corrían las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvían corridos de que se les hubiese escapado aquel bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrera de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfacción de este desaire en otro inocente, chapetón de embustes doncelliles, fiada en una madre que ella llamaba *tía*, liga donde había caído tanto pájaro forastero.

A estas horas, el estudiante, no creyendo su buen suceso y deshollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la región donde había arribado, por las extranjeras extra- vagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candil de garabato, que descubría sobre una mesa antigua de cadena, papeles infinitos, mal compue- stos y ordenados, escritos de caracteres matemáticos, unas efemérides abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes, ciertas señales de que vivía en el cuarto de más abajo algún astrólogo, dueño de aquella confusa oficina y embustera ciencia; y llegándose don Cleofás curiosamente, como quien profesaba letras y era algo inclinado a aquella profe- sión, a revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que, parecién- dolo imaginación o ilusión de la noche, pasó adelante con la atención papeleando los me- moriales de Euclides y embelecocos de Copérnico; escuchando segunda vez repetir el suspi- ro, entonces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía, sino verdad que se había ve- nido a los oídos, dijo con desgarró y ademán de estudiante valiente: -¿Quién diablos suspi- ra aquí?

Respondiéndole al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera: -Yo soy, señor li- cenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso ese astrólogo que vive ahí aba- jo, porque también tiene su punta de la mágica negra, y es mi alcaide dos años habrá.

-Luego ¿familiar eres?- dijo el estudiante.

-Harto me holgara yo- respondieron de la redoma -que entrara uno de la Santa Inquisi- ción para que, metiéndole a él en otra de cal y canto, me sacara a mí de esta jaula de papa- gayos de piedra azufre. Pero tú has llegado a tiempo que me puedes rescatar; porque éste a

cuyos conjuros estoy asistiendo me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu más travieso del infierno.

Don Cleofás, espumando valor, prerrogativa de estudiante de Alcalá, le dijo: -¿Eres demonio plebeyo, o de los de nombre?

-Y de gran nombre- le repitió el vidrio endemoniado-, y el más celebrado en entrambos mundos.

-¿Eres Lucifer?- le repitió don Cleofás.

-Ese es demonio de dueñas y escuderos- le respondió la voz.

-¿Eres Satanás?- prosiguió el estudiante.

-Ese es demonio de sastres y carniceros- volvió la voz a repetirle.

-¿Eres Belcebú?- volvió a preguntarle don Cleofás.

Y la voz respondió: -Ese es demonio de tahúres, amancebados y carreteros.

-¿Eres Barrabás, Belial, Astarot?- finalmente le dijo el estudiante.

-Esos son demonios de mayores ocupaciones- le respondió la voz:- demonio más por menudo soy, aunque me meto en todo: yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la mohatra; yo truje al mundo la zarabanda, el déligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zambapalo, la mariona, el avilipinti, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guineo, el colorín colorado; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las papalatas, los comos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltabancos, los maesecorales, y, al fin, yo me llamo el Diablo Cojuelo.

-Con decir eso- dijo el estudiante- hubiéramos ahorrado lo demás: vuesa merced me conozca por su servidor; que ha muchos días que le deseaba conocer. Pero ¿no me dirá, señor Diablo Cojuelo, por qué le pusieron este nombre, a diferencia de los demás, habiendo todos caído desde tan alto, que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido?

-Yo, señor don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, que ya le sé el suyo, o los suyos- dijo el Cojuelo-, porque hemos sido vecinos por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche, y de quien después le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fui el primero de los que se levantaron en el rebelión celestial, y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí, me estropearon, y así quedé más que todos señalado de la mano de Dios y de los pies de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atrás, antes me he adelantado a todos; que, camino del infierno, tanto anda el cojo como el viento; aunque nunca he estado más sin reputación que ahora en poder de este vinagre, a quien por trato me entregaron mis propios

compañeros, porque los traía al retortero a todos, como dice el refrán de Castilla, y cada momento a los más agudos les daba gato por demonio. Sácame de este Árgel de vidrio; que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, a fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas y malas.

-¿Cómo quieres- dijo don Cleofás mudando la cortesía con la familiaridad de la conversación- que yo haga lo que tú no puedes siendo demonio tan mañoso?

-A mí no me es concedido- dijo el espíritu-, y a ti sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de éstos y haz pedazos esta redoma; que luego en deramándose me verás visible y palpable.

VICENTE ESPINEL

VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGÓN

«Acuérdome, que teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginés, con otro juicio tal como el mío era entonces, martes de carnestolendas por la tarde me envió a decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos días hay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacía en su servicio, vendí ciertas cosillas, que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de jeringas y naranjazos, y el martirio perruno, causado de las mazas, (de quien sin saber por qué, huyen hasta reventar) dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos dé una empanada, un par de perdices, un conejo y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé a darlo por una ventana a más de las once de la noche; y como el día siguiente, por ser miércoles de ceniza, era día de mucha recolección, aunque todo el pasado había sido alegría para los muchachos y trabajos para los perros, había silencio general; de suerte, que aunque yo iba bien cargado, no me podía ver nadie: llegando a la plazuela de San Ginés sentí que venía la ronda, y retiréme debajo de aquel cobertizo, donde suele haber una tumba para los aniversarios y exequias, y antes que pudiesen llegar a mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenía la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario, que siempre traigo conmigo, comencé a fingir que rezaba. Llegó la ronda y pensando que fuese algún retraído asieron de mí, preguntando qué hacía allí. Llegó el alcalde, y visto el rosario y poca turbación, que importa mucho en cualquier ocasión no perturbarse el ánimo, dijo que me dejasen, y me recogiese: hi-

ce que me iba, y trasponiendo la ronda torné por mi paño de manos y cena a la negra tumba, donde lo había dejado, y aunque con un poco de temor por la hora y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar, y no topé con el paño ni con lo que estaba en él: de lo cual quedé temblando y helado; y es de creer que me causaría horrible miedo una cosa tan espantosa en un cementerio, debajo de una tumba, a más, de las once de la noche, y con tan gran silencio, que parecía se había acabado el mundo; pues junto con esto, sentí dentro en la tumba tan gran ruido de hierro, que se me representaron mil cadenas, y otras tantas ánimas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbación y desatiento, que se me olvidó el amor y la cena, y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, o lo menos mal que acerté, volví las espaldas, y fuime poco a poco, arimándome a la pared, pareciéndome que iba tras mi un ejército de difuntos: pues yendo con esta turbación me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que di un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnición de la espada; volví a mirar si era algún cadáver descarnado, y no vi otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared; con esto respiré un poco, y fuí cobrando aliento, y descansando el temor del clavo y de la capa; pero no el de la tumba.

Senteme, y miré alrededor a ver si había cosa que pudiese acompañar, y descansé, porque estaba tan cansado que lo hube menester, que no lo estuviera mas si hubiera andado cien leguas por los altos y bajos de Sierra Morena. Hice reflexión sobre lo pasado, considerando qué cuenta daría yo de mí el día siguiente, contando lo que había sucedido, sin haber visto cosa que fuese de momento; porque decir un terror tan horrible sin haber averiguado el fundamento, era desacreditarme y quedar en fama de cobarde o mentiroso: dejar de contarle era quedar en opinión de miserable con la señora Daifa, habiendo gastado lo que no tenía sin decir el fin que tuvo. Por otra parte veía que si fuera algún difunto no tenía necesidad de mi pobre cena, pues hombre no podía estar tan abreviado que no topara con él cuando extendí el brazo. Al fin hice mi cuenta de esta manera: Si es demonio, mostrándole la señal de la cruz huirá; si es ánima, sabré si pide algunos sufragios; y si es hombre, tan buenas manos y espada tengo como él, y con esta resolución fuime animosamente a la tumba, desenvainé la espada y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinación: "yo te conjuro, y mando de parte del cura de esta iglesia, que si eres cosa mala te salgas de este lugar sagrado, y si eres ánima que anclas en pena, que me reveles qué quieres, o qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba más agudo): una y dos, y tres veces te lo digo y torno a decir"; pero cuanto más le decía, tantos más golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacían temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinación que tenía, tornarí el temor a desanimarme, púse-

me la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado a la cola, que huyendo de los muchachos se había recogido a descansar a sagrado; y como después de haber reposado olió la comida, retirola para sí, y sacó el vientre de mal año; pero con el grande y no pensado ruido que hizo saliendo, fué tanto mi espanto, que como él fué huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinillazo que al salir me dió con el cencerro, de que no me pude menear tan presto; pero fué tanta la pasión de risa que después de quitado el dolor me dió, que siempre que me acuerdo de ello, aunque sea a solas y por la calle, no puedo dejar de dar alguna demostración de ello».

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

LA HIJA DE CELESTINA

Mezclábanse al descuido entre la gente, y, como padres comunes de bolsas desamparadas, si hallaban alguna huérfana la recogían con tanta caridad que la hospedaban en su mismo pecho. No me espanto: que todos buscan la vida en este mundo trabajoso, y los más hurtando. Y éstos, entre los muchos del arte, son dignos de causar mayor lástima, porque caminan al más grave peligro y conquistan pequeños, intereses.

Coge un desdichado una bolsa con veinte reales y danle doscientos azotes. ¡La ganancia es buena! ¡No le diérades siquiera a real por azote! Sin duda que el más bárbaro jubetero en cualquier ciudad o villa es el verdugo, pues por tan corto precio como cuatro reales - que no son más sus derechos - os vestirá un jubón tan al justo que parezca que os viene como si con él naciérades. Y trae muchos provechos el servirse de tan buen oficial, y el mayor es que todo lo que él obra lo acaba tan a propósito del talle de la persona para quien lo trabaja, que no puede servir a otra, y así naide hay que se atreva a pedillo prestado: dura tanto como la vida del dueño, y a veces más porque la fama queda en la memoria de muchos.

Corrieron sus parejas los caballeros, que venían por extremo galanes, tan bien que el vulgo, suspenso, les daba las, gracias en altas y confusas voces. Pero nuestro relator proseguía con su proceso y el juez malicioso escuchaba como quien siempre se prometió que aquella conversación le había de ser llave para abrir algún escritorio. Últimamente entendió que el desposado era un hombre muy rendido a las flaquezas de la carne, y tan rompido en este vicio que no solamente procuraba la gracia y buen acogimiento de las demás con regalos y cortesías, sino que a más de una doncella había forzado - travesuras que le

costaban al viejo mucha cantidad de hacienda-; y que uno de los fines por que más deseó casalle fue por entender que con la nueva obligación del matrimonio asentaría el pie firme, reconociendo que los tiempos no caminan igualmente y que los hombres principales deben mudar, con el estado, las costumbres.

Este punto fue muy agradable a nuestra Elena, más hermosa que la griega y más liviana - que en lo uno y en lo otro, aunque vino tantos años después, la pasó muy adelante-: porque sobre él fabricó su industria lo que presto sabréis. Preguntóle cómo se llamaba y de qué tierra era; él dijo:

- Antonio de Valladolid.

- ¿Antonio? - respondió ella-; por muchos años, señor galán. ¡Oh, qué buen nombre! ¡No presumo yo que será menos el hombre! Toda mi vida me ha corrido con hijos de Valladolid buena suerte, y cierto que tengo notado esto con cuidado: que es gente a quien más que a otra me inclino. No sé: en mis ojos son las que con más gala se visten, hablan más a tiempo, corresponden con mejor trato; los más son tan bien entendidos que pueden aconsejar, y los que no, tan cuerdos que las cosas más fáciles no las intentan sin pedir consejo; no desconocen las caras de los amigos cuando los ven en trabajos, y a los enemigos perdonan, cuando se humillan, las mayores injurias, considerando que es feo vicio el de la venganza. ¡Oh Antonio mío, y cuántas virtudes te contaré de tus paisanos! Labor tengo para muchos días.

Cuando el mozo, mal advertido y poco ejercitado en semejantes refriegas, se oyó llamar «Antonio mío» de aquellos labios de cuya hermosura elegante se pudiera vencer mayor sujeto que el de su corto ingenio, calentósele más el alma, y el corazón inquieto y turbado perdió pie; olvidósele a la lengua su oficio, y loco de verse favorecido, no sabía por dónde dalle gracias: poníasele el ingenio de puntillas y, haciéndose ojos, buscaba razones que le sacasen de vergüenza. No pensó él que le dejaran sentar en el umbral de la puerta, y viose llevar mano a mano hasta el retrete; holgárase de coger la fruta después de San Juan, y hallóla madura por Navidad; celebrara por mucho favor que le dieran con el pie, y pusieronle a la mano derecha en la mejor silla. «Cierto - decía muchas veces en su corazón - que todos los sucesos están a voluntad de la Fortuna: ella dispensa con absoluto parecer, y sus órdenes son obedecidas; en vano solicita con lágrimas tiernas - pierde los ruegos y las esperanzas - al que no camina debajo de sus alas. Yo, un pobre paje con quien las medias se apuntan cada día; los zapatos de vergüenza de verse rotos pierden el color y de negros se vuelven blancos; el sombrero suda de congoja de lo mucho que sirve; la capa y ropilla tan peladas como si hubiesen pasado por el martirio de las unciones; el cuello y puños con tantas ventanas, que si fueran casas en la plaza de Madrid me valieran un día de toros muchos

ducados: persona en quien los codos son muy parecidos a los zapatos, porque también en ellos traigo tacones, excusando con esta diligencia que la miserable camisa no se ponga a acechar por ellos y hacer cocos - que, según está de negra, bien puede-, y espantar todos los niños de las vecinas: iyo, pues, he merecido por intercesión de mi buena estrella, en un hora, un bien tan grande que le conquistara un poderoso soberbio - a costa de muchos pasos y a fuerza de infinitos dineros, en largo discurso de tiempo-, se pusiera en estado que fuera menester dalle memoriales para acordalle que era hombre y debía mirar por su juicio!»

Tan abrasado estaba del fuego desta nueva Elena nuestro Antonio, ya segundo Paris, que con tales pensamientos se entretenía. Acompañóla hasta su posada y ella hízole entrar; rogóle favoreciese una silla, y al obedecella él y sentarse, cayósele la daga de la vaina, y si no acudiera el remedio con prontitud, estuvo acerca de clavarse en ella; pero, volviéndola a su lugar, dijo:

- Cualquier daño que me sucediera, justamente lo merecía, pues ya que esta noche tuve antojo de ponerme un aderezo de espada y daga de los muchos que tiene el desposado, escogí éste que se le dio el mal aconsejado viejo de su tío y mi amo, día dé San Pedro, este verano pasado, en una jornada que hizo a la Montaña; que bastaba ser don de manos tan avarientas para recelar dél, cualquiera, mal suceso.

- ¡Ay Jesús - dijo ella -: hame querido dar vuestra merced pesadumbre! ¡Ténganme, ténganme, ténganme, que me cairé muerta! ¡A fe que se me ha ausentado el alma, y más lejos de lo que parece! ¡Quítese esa daga luego, que no quiero que, por lo menos esta noche, la traiga consigo!

Y así como lo dijo, ella misma ejecutó su voluntad y se la tomó con su propia mano, que él - aprovechando la ocasión -besó y ella no defendió, preguntándole que a qué hora sería el desposorio, porque determinaba ir embozada, si en Toledo, por la vecindad de la Corte, en semejantes ocasiones se permitía.

- Tarde - respondió-. Pienso que serán más de las once de la noche: porque esperan que llegue de Madrid un señor de título, muy cercano pariente de entrambas partes y por cuyo medio y buenos oficios ha tenido este casamiento efeto. Y, según dijo un criado suyo que llegó a Toledo a las cuatro de la tarde, vendrá muy de noche, porque no podía salir de Madrid hasta después de mediodía. Y si vuestra merced me diese licencia, me volvería a ver a mi viejo, que le dejo en la cama, y me la concedió limitada por un hora; y yo, obligado de la mucha que de vuestra merced indignamente reconozco haber recibido, he alargado la facultad de un hora a tres, que a mí me han parecido un breve instante. Y téngame lástima

por amor de Dios, pues pierdo el regalo de su dulce conversación por la de un caduco impertinente, templado al tiempo del conde Fernán González, más hidalgo que Laín Calvo, y tan montañés que me dice infinitas veces esta vanidad: «que la Causa de Austria deja de ser la más ilustre de todas cuantas hoy hay en el mundo solamente por no haber tenido sus principios en las Montañas de León». Es persona que vive y se gobierna por las pragmáticas de los varones antiguos; respeta a las mujeres como cosa sagrada; a todos los hombres bien nacidos - aunque sean tan pobres que no les cubra otra capa sino la del cielo - iguala con su persona; tiene en la memoria las sentencias del sabio Catón, qué andan en bocadillos de oro, y refiérelas con mucho respecto y veneración. Y a fe que hay no poco trecho desde este mesón del Carmen hasta las casas del conde de Fuensalida, adonde está aposentado el señor don Rodrigo de Villafañe, mi amo; no sé yo cómo me estoy tan descuidado en el verde, dándome uno y otro floreo; y más, que esta noche, como han de acudir a la casa de la novia, donde se ha de celebrar el desposorio, es fuerza que le dejen solo. Al fin, señora: voyme, y quedo con vuestra merced tan presente, que será más fácil dejar el alma el amistad y compañía del cuerpo, que la de vuestra merced y compañía de sus hermosos ojos.

Así razonaba, cuando oyendo ella golpes a la puerta, dijo:

- Ay dicha mía, ¿cuándo seréis vos buena? ¡Tarde! ¡Nunca! ¡Esto me teníades guardado agora! A la vejez, cuando no hay muelas, el pan más duro. ¡Señor, ánimo y al remedio! ¡Escóndase presto!

Y diciendo esto, metiéndole por la mano en otro aposentillo más adentro, donde, torciendo la llave, se le dejó olvidado por más horas de las que él pensaba.

FRANCISCO LÓPEZ DE ÚBEDA

LA PÍCARA JUSTINA

Nació mi padre en un pueblo que llaman Castillo de Luna, en el condado de Luna, y mi madre era natural de Zea. Y si no saben dónde es Zea, yo se lo diré. Es Zea junto a Sahagún. Es Sahagún un pueblo donde reside una reverendísima cuba, la cual, como casi siempre está tan vacía como hueca, da en entonada y dicen que la deben trigo y centeno, el cual se le paga siempre. A lo menos después acá que pasó el año del muermo, digo del catarro, nunca la hinchieron de líquido, sino de trigo y centeno. Aquel año de la moquera se hinchó de mosto, y cupo tanto en ella que molió un molino con él. ¡Bravo espectáculo! ¡Qué sería ver salir sangre de aquella hermosa ballena, herida por las manos de algún inhumano

modorro de ropa parda? Y sí no conocen a Zea por la cercanía de esta dama, yo se le pintaré.

Es Zea un pueblo que está en dos tercios como lío de sardina; otros dicen que parece puramente alforjuelas, en razón de que al principio y fin del pueblo están muchas casas apiñadas y en medio está una puente, que es la faja con que se traba el alforjuela. A lo menos si las mujeres de aquel pueblo diesen en ser mal entalladas y alforjadas, excusa ternían por nacer en una villa que parece molde de alforjas. Finalmente, es Zea una villa llana como la palma, no de la mano, sino de las que llevan dátiles. De aquí colegirás, lector cristiano, y aunque seas moro colegirás lo mismo, que, siendo mi padre natural del castillo y condado de Luna, puede decir la pícara Justina que de parte de padre es lunática, a pesar de su colodrillo, y siendo de Zea mi madre, podré decir que de parte de madre soy ceática, a pesar de mis caderas.

Mas por no torcer el orden de una generación tan importante, diré primero de mis abuelos machunos y hembrunos, y luego diré de mis padres. Ello, yo no sé por qué mi padre no me llamó la torda o la papagaya, pues mis padres todos tuvieron oficios, que no eran nada deslenguados, antes eran el crisol de la parla; pero llamáronme Justina porque yo había de mantener la justa de la picardía, y Díez, porque soy la décima esencia de todos ellos, cuanto y más la quinta.

Fue mi padre hijo de un suplicacionero, el cual en barajas y cestos y gastos de bergantines corsarios traía más de cincuenta escudos en trato. El fue el que inventó traer los criados barajas, y por eso le llamaban por mal nombre el de Barajas. El fue el que inventó el echar la buena barba, y compuso el terlincampuz de tabla a tabla. En su tiempo, los que ahora se llaman barquillos se llamaban suplicaciones, porque debajo de cada oblea iban otras muchas que hacían una manera de doblez; mas las de ahora, como no tienen doblez debajo, sino una oblea desplegada en forma de barco, llámense barquillos. Es vergüenza; todo está sofisticado.

Este mi abuelo enviaba todos sus ministros y agentes con general licencia para que, en campo raso y cuerpo a cuerpo, aguardasen a todo jugador de primera y quínolas, mas no de otro juego, atento que cartas conocidas, cuales eran las que daba él a los suyos, para ningún otro juego valen lo que para éstos. En los puntos de los naipes tenía notables cifras y había buenos discípulos de cifra; por oírle echar una buena barba y repicar un terlincampuz se podía ir tres leguas a verle uno aunque fuera ciego. Murió en Barcelona a la lengua del agua y con su lengua, a lo menos, por su lengua, hubo palabras con un rufo, el cual le echó de un traspontín abajo, y aunque puesto de rodillas le hizo suplicaciones, el rufo le

hizo barquillo en el agua. No era muy malo este oficio para una espía doble o un enfermo de bazo. Pero mi padre no se aplicó a él, porque era barrigudo y pesado, y así, de ordinario, se estaba recogido en casa de su padre cosiendo monteras y aderezando banastas para los bergantines yentes y vinientes que surcaban el asturiano seno.

Mi bisabuelo tuvo títeres en Sevilla, los más bien vestidos y acomodados de retablo que jamás entraron en aquel pueblo. Era pequeño, no mayor que del codo a la mano; que de él a sus títeres sólo había diferencia de hablar por cebratana o sin ella. Lo que es decir la arenga o plática era cosa del otro jueves. Una lengua tenía harpada como tordo, una boca grande que algunas veces pensaban que había de voltear por la boca. Daba tanto gusto el verle hacer la arenga titerera, que por oírle se iban desvalidas tras él fruterías, castañeras y turroneiras, sin dejar en guarda de su tienda más que el sombrero o calentador. Malogrado de este cuitado, que, como parecía gorrión o pardal, dio en apearse y agarrarse tanto a hembras, que después de haberle comido los dineros, vestidos, mulos, títeres y retablo, le comieron la salud y vida, y le dejaron hecho títere en un hospital. Cuando quiso tomar y morirse, dio en frenético, y desenfrenóse tanto, que un día se le antojó que era toro de títeres, y que las había con una cruz de piedra que había en el zaguán del hospital, y después de hechas algunas suertes en su camisa y en otra de la hospitalera, embistió con la cruz de piedra, diciendo:

- ¡A pera que te aqueno! [= acuerno].

Y embiste con mi cruz tan fuertemente que se quedó allí al pie de la letra.

La hospitalera era simple y bonaza, y viéndole morir así decía:

- ¡Ay el mi bendito! Al pie de la cruz murió hablando con ella.

Esté abuelo nos dejó un pesar, y es que algunos bellacos, por hacer mal a sus sucesores, nos dicen que nuestro abuelo se mató en la cruz.

Mi tercer abuelo de parte de padre alcanzó buen siglo. Fue de los primeros que trajeron el masicoral y tropelías a España. Casó con una volteadora, gran oficiala de todas vueltas y larga de tarea, la cual, con morir de más de cincuenta años, después de un año tísica, murió volando. Su marido no quiso casarse más, por no ver volar más mujeres. Ganó tanto dinero al oficio, que hombres muy honrados y muy estirados le quitaban el sombrero. Y es esto tanta verdad, que un hombre, tan honrado que le sobraba un palmo de honra sobre la cabeza, y tan estirado que murió en la horca, un día quitó a mi tatarabuelo el sombrero de tal modo, que por pocas le quitará la vida a vueltas del sombrero. Fue el cuento que mi tatarabuelo estaba un día haciendo una tropelía llamada los nueve pasajes de embudón, y por donaire, que era amigo de decirlos, dijo a fuer de gitano:

- ¡Garda la bulza! [= guarda la bolsa].

Y armó cierta mamona a una faltriguera.

Oyólo el hombre, que era honrado, por parte de su mujer, y creyendo que de veras había montería de bolsas, dio un torniscón a mi tropelista en la cámara de popa que le derribó solas dos muelas que le habían quedado de resto en el juego de los encías y, de recudido, el sombrero que tenía en la cabeza, y dentro dél la mitad del oficio. Era desgraciado en riñas, que de ahí ha poco en una se le cayeron todos los dientes; y fue el caso que por decir otra gracia, le sucedió otra desgracia, en que a cierto Roldanillo ratero se le deslizó un punto de dedos, y como habían de dar en otra parte, le dio en los dientes y quedaron vacantes las encías. El pobre tropelista, como aun para hablar entre dientes no tenía resto, viendo que no le podían entender palabra de las arengas, más que si las tropelías fueran arábigas, se fue, de corrido, a una granja de Guadalupe, donde entendía en pasar higo, y el sol de Guadalupe, como le vio un día en una higuera redondico, arrugado y negro, pensó que era higo pollino y pasóle de esta vida a la otra. Tres días después de muerto le tuvo el sol en la higuera holgándose con él, y los tordos gorjeando alrededor, que no tuvo otros parientes más llegados que celebrasen sus exequias.

ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

LA GARDUÑA DE SEVILLA Y ANZUELO DE LAS BOLSAS

El tiempo de Carnestolendas se celebra en Valencia mucho con máscaras disfraces, torneos y saraos; habíanse hecho algunos, donde con disimulo don Alejandro y su dama se hablaron, ofreciéndose danzar juntos, y en los acompañamientos que resultan a la salida destas fiestas. Una se hacía de junta de damas en casa de una amiga de doña Isabel, adonde fue convidada con otras damas y asimismo don Alejandro con otros caballeros; no había sarao, sino esta junta era para juegos entretenidos y bailes alegres. Fue la primera a esta fiesta doña Isabel, algo temprano, y dentro de poco espacio acudió también allí otra dama muy bizarra, que envió su madre acompañada de dos escuderos de su casa, haciendo fiel confianza de enviársela a aquella señora, donde se hacía la fiesta, por ser muy amiga suya y vecina del barrio. Las dos, pues, estaban cuando acertó a venir don Alejandro, también temprano y solo, por aviso que le dio su dama de que así lo hiciese; recibieronle las damas muy gustosas y él comenzó a entretenerlas mientras venían más señoras con sazonados chistes y alegres cuentos del tiempo.

La dama que había venido allí, vecina de aquel barrio, levantóse a ver una labor de cañamazo de un tapete que cubría un bufete donde estaban dos bujías alumbrando, y celebrando el buen gusto de los matices y lo nuevo de la labor, hizo levantar a don Alejandro a verla; había en el bufete recado de escribir, y esta dama, cuyo nombre era Laudomia, se comenzó a entretener con la pluma en el blanco papel, haciendo algunos rasgos, que escribía con lindo aire. Llegóse don Alejandro a ver lo que hacía y celebró en ella aquella gracia con alguna exageración, cosa que oyó su dama, no teniendo pocos celos así de verle tan cerca de doña Laudomia como de que se celebrase lo bien que escribía; tenía con ella este caballero algún conocimiento por un hermano suyo; era don Alejandro algo burlón; pues como la viese ocupada en probar la pluma, por burlarla, sacóse la hacia arriba de la mano, con que participó su blancura, que la tenía muy grande, de lo negro de la tinta. Ella, sintiendo la burla, con una palmada que le dio en un brazo se limpió de lo teñido de la pluma afeándole de camino al burlón caballero su acción, a que él respondió que nunca menos lució la tinta que en sus manos, gracia dicha por ironía, por tenerlas, como se ha dicho, muy blancas; ella, ofendida de la socarronería le volvió a dar otra palmada en las espaldas. Doña Isabel, que más atendía a esto que a lo que hablaba con la señora de la casa, encendida en rabiosos celos se levantó del estrado donde estaba y yéndose para don Alejandro, sin advertir lo que hacía ni la nota, que daba, alzó la mano, y cogiéndole descuidado le dio un gran bofetón en el rostro, con tanta fuerza que le hizo salir sangre de las narices, y con ella manchar el cuello. Él, viendo tan intempestivo suceso, lo que hizo fue sacar un lienzo y, limpiándose la sangre, decir a su dama: «No soy yo quien revela secretos tan apriesa. Éste ha durado lo que vuestra merced ha querido». Y con esto, haciendo una reverencia, se bajó por la escalera y se fue a su casa. Apenas doña Isabel ejecutó el impulso de su celosa cólera, cuando la pesó extrañamente de lo que había hecho, no tanto por la señora de la casa, que era íntima amiga suya, cuanto por la que fue causa de su cólera y celos. A este tiempo vinieron unas hermanas de la que hacía aquella fiesta, con cuya venida, la pesarosa doña Isabel se retiró con su amiga a un aposento, donde viéndose a solas, la dijo muy admirada: «¿Qué ha sido esto, doña Isabel? Nunca tal imaginara de vuestro recato y modestia; vuestra acción me ha dicho en breve término lo que en mucho me podíades vos decir. Yo ignoraba este empleo que me habéis celado, y así, más debo a vuestros celos que a vuestra amistad. ¿Es verdad que os sirve don Alejandro?, que me holgaré con extremo».

No la podía responder doña Isabel con la pena que tenía y las lágrimas que bañaban su hermoso rostro, mas después de algún espacio lo que la dijo fue:

«Ya que mi necia cólera y desatinados celos os han manifestado lo que yo no he hecho, sólo os digo que me sirve don Alejandro con fina voluntad y yo se la pago con otra tan

grande. Nunca le vi tan desmandado a burlarse; irritóme la llaneza que tuvo con doña Laudomia; los celos son desatinados y ellos han publicado mi amor con tan acelerada acción». «Pues vamos al remedio -dijo la amiga-, que no es justo que don Alejandro no vuelva a esta fiesta para dar que notar a doña Laudomia, que queda sospechosa de vos». «¿Cómo lo haremos?». -dijo la celosa dama-. «Fácilmente -replicó la amiga-; con que le escribáis un papel». Trujeron recaudo y doña Isabel, le escribió estos renglones:

«Efetos de amor y celos, aunque manifiesten rigor, no son agravios en el amante sino favores; más he hecho yo en aventurar el recato, que vos haréis en perder el enojo. Importa a mi reputación que volváis luego a la fiesta sin muestra de sentimiento, si no queréis que de hacer lo contrario le tenga yo tal que por él me vengáis a perder».

Este papel llevó con diligencia un criado a casa de don Alejandro, donde le halló mudándose otro cuello para volver a la fiesta. Holgóse con el papel, porque nada como los celos descubren los quilates de la voluntad, y así, luego obedeció a su dama con más presteza.

Entró donde estaban las damas, dejando no poco sospechosa a doña Laudomia con lo que había visto de que quería bien a doña Isabel, y pesábale algo, porque le parecía bien don Alejandro y no quisiera verle tan bien empleado. Así como el galán se vio en presencia de doña Isabel, muy risueño la dijo: «Yo he tratado muy como a templo esta sala y más a vuestro rostro, que por no violar al uno ni osar atreverme al otro, no tomé la venganza que ordena el duelo entre los galanes y damas; y cuando aquí no volviera, fuera corrido de haber andado tan poco alentado donde me habían dado ocasión de vengarme tan en mi favor». A esto respondió doña Isabel: «Como yo soy tan servidora de mi señora doña Laudomia, tomé muy por mi cuenta su desagravio, haciéndoos aquel favor, bien ajena de que había duelo que disponga venganzas tan en contra de las damas». No pudo sufrir doña Laudomia que ella fuese motivo de su disculpa cuando lo habían sido los celos de su rigor, y así, le dijo sacudidamente: «Nunca pensé que la poca amistad que tenemos se extendía a oponeros en riesgo de mi defensora, cuando no me faltara osadía para vengarme; mas como estaba ajena de celos y poco cargada de agravios no llegó tan presto la prontitud mía como el enfado vuestro. Yo me huelgo ser la enigma de vuestras interpretaciones; para con quien fuéredes servida pasen, que para mí ya yo le tengo dada otra solución bien fácil y que nadie la ignorará».

Desengaño tercero

A los últimos dejos del estribillo se levantó la hermosa Nise de su asiento, y haciendo una cortés reverencia, se pasó al del desengaño, y con mucho donaire y despejo dijo:

-Por decreto de la hermosa y discreta Lisis, me toca esta noche el tercero desengaño. Y aunque pudiera esta audiencia cerrarse con los referidos, pues son bastantes para que las damas de estos tiempos estemos prevenidas, con el ejemplo de las pasadas, a guardarnos de no caer en las desdichas que ellas cayeron, por dejarse vender de los engaños disfrazados en amor de los hombres, por que no me tengáis por alguna de las engañadas, que si mi corto entendimiento me ayuda, espero no serlo; aunque mi desengaño no sea de tanta erudición como los referidos, ocupo este lugar, advirtiendo que, supuesto que la hermosa Lisis manda que sean casos verdaderos los que se digan, si acaso pareciere que los desengaños aquí referidos, y los que faltan, los habéis oído en otras partes, será haberle contado quien, como yo y las demás desengañadoras, lo supo por mayor, mas no con las circunstancias que aquí van hermoseedos, y no sacados de una parte a otra, como hubo algún lego o envidioso que lo dijo de la primera parte de nuestro sarao. Diferente cosa es novelar sólo con la inventiva un caso que ni fue, ni pudo ser, y ése no sirve de desengaño, sino de entretenimiento, a contar un caso verdadero, que no sólo sirva de entretener, sino de avisar. Y como nuestra intención no es de sólo divertir, sino de aconsejar a las mujeres que miren por su opinión y teman con tantas libertades como el día de hoy profesan, no les suceda lo que a las que han oído y oirán les ha sucedido, y también por defenderlas, que han dado los hombres en una opinión, por no decir flaqueza, en ser contra ellas, hablando y escribiendo como si en todo tiempo no hubiera habido de todo, buenas mujeres y buenos hombres, y, al contrario, malas y malos, que se verá un libro y se oirá una comedia y no hallarán en él ni en ella una mujer inocente, ni un hombre falso. Toda la carga de las culpas es al sexo femenino, como si no fuese mayor la del hombre, supuesto que ellos quieren ser la perfección de la naturaleza. Luego, mayor delito será el que hiciese el perfecto que el imperfecto; más pesada es la necesidad del discreto que del necio; y así, es bien se sepa que, como hay mujeres livianas, hay hombres mudables, y como interesadas, engañosos, y como libres, crueles, y si se mira bien, la culpa de las mujeres la causan los hombres. Caballero que solicitas la doncella, déjala, no la inquietes, y verás cómo ella, aunque no sea más de

por vergüenza y recato, no te buscará a ti. Y el que busca y desasosiega la casada, no lo haga, y verá cómo, cuando no la obligue la honestidad, el respeto y temor de su marido, la hará que no te solicite ni busque. Y el que inquieta a la viuda, no lo haga, que no será ella tan atrevida que aventure su recato, ni te busque, ni pretenda. Y si las buscas y las solicitas y las haces caer, ya con ruegos, ya con regalos, ya con dádivas, no digas mal de ellas, pues tú tuviste la culpa de que ellas caigan en ella. Esto es en cuanto a las mujeres de honor; que las que tratan de vivir con libertad, ¿qué quieres sacar de ellas sino lo que pretendes, que es entretenerte y ella quitarte tus dineros, que para eso te admite? Y pues ya lo sabes, ¿para qué las culpas que hacen su hacienda y destruyen la tuya, y luego te quejas que te engañan?, que vosotros os queréis engañar. La causa yo la diré.

Encuentras una mujer en la calle; dícesle cuatro palabras: óyelas sin averiguar si tú las dices de veras o burlando; píntasete honrada y que no la ve el sol; créelo, necio; convídasla con tu posada; acepta, va a ella. Pues le gozas ignorante, ¿por qué de una mujer que se te rindió luego, crees que en apartándose de ti no hará lo mismo con otro? Y si piensas diferente, tú eres el que te engañas, que ella, con su misma facilidad, te avisa. ¿Pues para qué te quejas de ella ni la ultrajas?, que ella hace su oficio. Si te ruega y busca, no la admittas, que su misma deshonestidad te avisa que no eres tú el primero. Y si te agradó, la sigues, no te quejes de nadie, pues sabes que cada uno ha de hacer como quien es. ¿Ves cómo no tienen la culpa las mujeres, sino los hombres, en quien ha de estar la cordura, el buen lenguaje, la modestia y el entendimiento, y no se hallarán ya estas virtudes, sino todo al contrario? ¡Ay, qué de buenas hubiera si los hombres las dejaran! Mas ellos hablan, y ellas escuchan, y de mentiras bien alhajadas, ¿quién no se deja vencer? Y más si, convertida la pretensión en tema, se las está diciendo a todas horas. Esto baste, y pluguiera a Dios bastara para enmienda. Y porque se vea que, si Camila perdió con su esposo por callar las pretensiones de don Juan, en el engaño que ahora diré no le sirvió a otra dama para asegurar su crédito con su marido avisarle de las pretensiones de otro don Juan, aunque el cielo abonó su causa.

BALTASAR GRACIÁN

ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA

Llevar sus cosas con suspensión. La admiración de la novedad es estimación de los aciertos. El jugar a juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto. El no declararse luego

suspende, y más donde la sublimidad del empleo da objeto a la universal expectación; amaga misterio en todo, y con su misma arcanidad provoca la veneración. Aun en el darse a entender se ha de huir la llaneza, así como ni en el trato se ha de permitir el interior a todos. Es el recatado silencio sagrado de la cordura. La resolución declarada nunca fue estimada; antes se permite a la censura, y si saliere azar, será dos veces infeliz. Imítese, pues, el proceder divino para hacer estar a la mira y al desvelo. [...]

Obrar de intención, ya segunda, y ya primera. Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre, pelea la sagacidad con estratagemas de intención. Nunca obra lo que indica, apunta, sí, para deslumbrar; amaga al aire con destreza y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre a desmentir. Echa una intención para asegurarse de la émula atención, y revuelve luego contra ella venciendo por lo impensado. Pero la penetrante inteligencia la previene con atenciones, la azecha con reflejas, entiende siempre lo contrario de lo que quiere que entienda, y conoce luego cualquier intentar de falso; deja pasar toda primera intención, y está en espera a la segunda y aun a la tercera. Augméntase la simulación al ver alcanzado su artificio, y pretende engañar con la misma verdad: muda de juego por mudar de treta, y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Acude la observación entendiendo su perspicacia, y descubre las tinieblas revestidas de la luz; descifra la intención, más solapada cuanto más sencilla. Desta suerte combaten la calidez de Pitón contra la candidez de los penetrantes rayos de Apolo. [...]

Huir los Empeños. Es de los primeros asuntos de la prudencia. En las grandes capacidades siempre hay grandes distancias hasta los últimos trances: hay mucho que andar de un extremo a otro, y ellos siempre se están en el medio de su cordura; llegan tarde al rompimiento, que es más fácil hurtarle el cuerpo a la ocasión que salir bien della. Son tentaciones de juicio, más seguro el huirlas que el vencerlas. Trae un empeño otro mayor, y está muy al canto del despeño. Hay hombres ocasionados por genio, y aun por nación, fáciles de meterse en obligaciones; pero el que camina a la luz de la razón siempre va muy sobre el caso: estima por más valor el no empeñarse que el vencer, y ya que haya un necio ocasionado, escusa que con él no sean dos. [...]

Hombre con fondos, tanto tiene de persona. Siempre ha de ser otro tanto más lo interior que lo exterior en todo. Hay sujetos de sola fachada, como casas por acabar, porque faltó el caudal: tienen la entrada de palacio, y de choza la habitación. No hay en estos donde parar, o todo para, porque, acabada la primera salutación, acabó la conversación. En-

tran por las primeras cortesías como caballos Sicilianos, y luego paran en silenciarios, que se agotan las palabras donde no hay perenidad de concepto. Engañan éstos fácilmente a otros, que tienen también la vista superficial; pero no a la astucia, que, como mira por dentro, los halla vaciados para ser fábula de los Discretos. [...]

Hombre juicioso y notante. Señoréase él de los objetos, no los objetos dél. Sonda luego el fondo de la mayor profundidad; sabe hacer anatomía de un caudal con perfección. En viendo un personaje, le comprende y lo censura por esencia. De raras observaciones, gran descifrador de la más recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso: todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende. [...]

Nunca perderse el respeto a sí mismo. Ni se roce consigo a solas. Sea su misma entereza norma propia de su rectitud, y deba más a la severidad de su dictamen que a todos los extrínsecos preceptos. Deje de hacer lo indecente más por el temor de su cordura que por el rigor de la ajena autoridad. Llegue a temerse, y no necesitará del ayo imaginario de Séneca. [...]

Nunca descomponerse. Gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse: mucho hombre arguye, de corazón coronado, porque toda magnanimidad es dificultosa de comoverse. Son las pasiones los humores del ánimo, y cualquier exceso en ellas causa indisposición de cordura; y si el mal saliere a la boca, peligrará la reputación. Sea, pues, tan señor de sí, y tan grande, que ni en lo más próspero, ni en lo más adverso pueda alguno censurarle perturbado, sí admirarle superior. [...]

Saberse escusar pesares. Es cordura provechosa ahorrar de disgustos. La prudencia evita muchos: es Lucina de la felicidad, y por eso del contento. Las odiosas nuevas, no darlas, menos recibirlas: hánseles de vedar las entradas, si no es la del remedio. A unos se les gastan los oídos de oír mucho dulce en lisonjas; a otros, de escuchar amargo en chismes; y hay quien no sabe vivir sin algún cotidiano sinsabor, como ni Mitridates sin veneno. Tampoco es regla de conservarse querer darse a sí un pesar de toda la vida por dar placer una vez a otro, aunque sea el más propio. Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera; y en todo acontecimiento, siempre que se encontraren el hacer placer a otro con el hacerse a sí pesar, es lición de conveniencia que vale más que el otro se disguste ahora que no tú después y sin remedio. [...]

Saber usar de los enemigos. Todas las cosas se han de saber tomar, no por el corte, que ofendan, sino por la empuñadura, que defiendan; mucho más la emulación. Al varón sabio más le aprovechan sus enemigos que al necio sus amigos. Suele allanar una malevolencia montañas de dificultad, que desconfiara de emprenderlas el favor. Fabricáronles a muchos su grandeza sus malévolos. Más fiera es la lisonja que el odio, pues remedia éste eficazmente las tachas que aquélla disimula. Hace el cuerdo espejo de la ojeriza, más fiel que el de la afición, y previene a la detracción los defectos, o los enmienda, que es grande el recato cuando se vive en frontera de una emulación, de una malevolencia. [...]

Obrar siempre sin escrúpulos de imprudencia. La sospecha de desacierto en el que ejecuta es evidencia ya en el que mira, y más si fuere émulo. Si ya al calor de la pasión escrupulea el dictamen, condenará después desapasionado a necesidad declarada. Son peligrosas las acciones en duda de prudencia; más segura sería la omisión. No admite probabilidades la cordura: siempre camina al mediodía de la luz de la razón. ¿Cómo puede salir bien una empresa que, aun concebida, la está ya condenando el recelo? Y si la resolución más graduada con el *nemine discrepante interior* suele salir infelizmente, ¿qué aguarda la que comenzó titubeando en la razón y mal agorada del dictamen?

Realidad y apariencia. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Son raros los que miran por dentro, y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razón con cara de malicia. [...]

Nunca competir. Toda pretensión con oposición daña el crédito. La competencia tira luego a desdorar, por deslucir. Son pocos los que hacen buena guerra, descubre la emulación los defectos que olvidó la cortesía. Vivieron muchos acreditados mientras no tuvieron émulos. El calor de la contrariedad aviva o resucita las infamias muertas, desentierra hediondeces pasadas y antepasadas. Comiénçase la competencia con manifiesto de desdoros, ayudándose de cuanto puede y no debe; y aunque a veces, y las más, no sean armas de provecho las ofensas, hace dellas vil satisfacción a su venganza, y sacude esta con tal aire, que hace saltar a los desaires el polvo del olvido. Siempre fue pacífica la benevolencia y benévola la reputación. [...]

Nunca hablar de sí. O se ha de alabar, que es desvanecimiento, o se ha de vituperar, que es poquedad; y, siendo culpa de cordura en el que dice, es pena de los que oyen. Si esto se

ha de evitar en la familiaridad, mucho más en puestos sublimes, donde se habla en común, y pasa ya por necesidad cualquier apariencia della. El mismo inconveniente de cordura tiene el hablar de los presentes por el peligro de dar en uno de dos escollos: de lisonja, o vituperio. [...]

Hacer, y hacer parecer. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar es valer dos veces. Lo que no se ve es como si no fuese. No tiene su veneración la razón misma donde no tiene cara de tal. Son muchos más los engañados que los advertidos: prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera. Hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buena exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior. [...]

Arte de dejar estar. Y más cuando más rebuelta la común mar, o la familiar. Hay torbellinos en el humano trato, tempestades de voluntad; entonces es cordura retirarse al seguro puerto del dar vado. Muchas veces empeoran los males con los remedios. Dejar hacer a la naturaleza allí, y aquí a la moralidad. Tanto ha de saber el sabio médico para recetar como para no recetar, y a veces consiste el arte más en el no aplicar remedios. Sea modo de sosegar vulgares torbellinos el alçar mano y dejar sosegar; ceder al tiempo ahora será vencer después. Una fuente con poca inquietud se enturbia, ni se volverá a serenar procurándolo, sino dejándola. No hay mejor remedio de los desconciertos que dejallos correr, que así caen de sí propios. [...]

Saber vender sus cosas. No basta la intrínseca bondad dellas, que no todos muerden la substancia, ni miran por dentro. Acuden los más adonde al concurso, van porque ven ir a otros. Es gran parte del artificio saber acreditar: unas veces celebrando, que la alabança es solicitadora del deseo; otras, dando buen nombre, que es un gran modo de sublimar, desmintiendo siempre la afectación. El destinar para solos los entendidos es picón general, porque todos se lo piensan, y cuando no, la privación espoleará el deseo. Nunca se han de acreditar de fáciles, ni de comunes, los asuntos, que más es vulgarizarlos que facilitarlos; todos pican en lo singular por más apetecible, tanto al gusto como al ingenio. [...]

Hacer buena guerra. Puédenle obligar al cuerdo a hacerla, pero no mala. Cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan. Es plausible la galantería en la emulación. Hase de pelear no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer a lo ruin no es vito-

ria, sino rendimiento. Siempre fue superioridad la generosidad. El hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y sonlo las de la amistad acabada para el odio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la vengança; todo lo que huele a traición inficiona el buen nombre. En personajes obligados se estraña más cualquier átomo de bajeza; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Précieuse de que si la galantería, la generosidad y la fidelidad se perdiesen en el mundo se avían de buscar en su pecho. [...]

Sin mentir, no decir todas las verdades. No hay cosa que requiera más tiento que la verdad, que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como para saberla callar. Piérdese con sola una mentira todo el crédito de la entereza. Es tenido el engañado por falso y el engañador por falso, que es peor. No todas las verdades se pueden decir: unas porque me importan a mí, otras porque al otro. [...]

Todo lo favorable obrarlo por sí, todo lo odioso por terceros. Con lo uno se concilia la afición, con lo otro se declina la malevolencia. Mayor gusto es hacer bien que recibirlo para grandes hombres, que es felicidad de su generosidad. Pocas veces se da disgusto a otro sin tomarlo, o por compasión o por repasión. Las causas superiores no obran sin el premio o el apremio. Influya inmediateamente el bien y mediatamente el mal. Tenga donde den los golpes del descontento, que son el odio y la murmuración. Suele ser la rabia vulgar como la canina, que, desconociendo la causa de su daño, revuelve contra el instrumento, y aunque este no tenga la culpa principal, padece la pena de inmediato. [...]

Saber jugar de la verdad. Es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dejar de decir-la: ahí es menester el artificio. Los diestros Médicos del ánimo inventaron el modo de endulçarla, que cuando toca en desengaño es la quinta esencia de lo amargo. El buen modo se vale aquí de su destreza: con una misma verdad lisongea uno y aporrea otro. Hase de hablar a los presentes en los pasados. Con el buen Entendedor basta brujulear; y cuando nada bastare, entra el caso de enmudecer. Los príncipes no se han de curar con cosas amargas, para eso es el arte de dorar los desengaños. [...]

No ser tenido por hombre de artificio. Aunque no se puede ya vivir sin él. Antes prudente que astuto. Es agradable a todos la lisura en el trato, pero no a todos por su casa. La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad, de astucia. Sea antes venerado por sabio que temido por reflejo. Los sinceros son amados, pero engañados. El mayor artificio sea encubrirlo, que se tiene por engaño. Floreció en el siglo de oro la llaneza, en

este de yerro la malicia. El crédito de hombre que sabe lo que ha de hacer es honroso y causa confianza, pero el de artificioso es sofisticado y engendra recelo. [...]

*VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ,
HOMBRE DE BUEN HUMOR, COMPUESTA POR ÉL MISMO*

Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos, y pendientes dellos veinte y cuatro premios para premiar los veinte y cuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es botón y capullo, a mediodía flor y a la tarde despojo. Los premios eran cintas, guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Había, al tiempo que llegamos a esta académica colgadura, más de veinte sonetos de estudiantes y de personas de don y rumbo, que asimismo habían venido a ver la fiesta.

Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué a leer aquella selva de variedad de musas. Era su compostura tan realzada y culta, que más me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos, sin entender ninguno, y le dije a un estudiante que estaba cerca de mí, que me hiciese merced de declararme aquel género de poesía y decirme si tal lenguaje era armenio o caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevía a declararlo, porque él tenía allí uno, que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio, y a querer darme la significación de él, se hallaría confuso y no saldría con ello, porque lo que de presente andaba válido era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose a raterías de escribir con lisura, pan por pan, y vino por vino, no solamente, no era estimado, pero tenían sus versos por versos de ciego.

Llamé a mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiéndolo todo a pies y nivelándolo con un compás; y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino, los llevé a una taberna, para ver si acertaba mi pluma a remontarse sobre aquella vascuenza jerigonza. Y pidiéndole a la huéspedada, un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos a una pequeña sala, adonde nos dieron lo que había pedido. Púseme a escribir, el ingeniero a peinarse y el otro a beber, Levanté los ojos buscando un consonante, y vi el peinado matemático, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelón de harina, se estaba rociando con

ella un largo y encrespado cabello que tenía. No pudiendo detener la risa le dije que si trataba de freír la cabeza, pues la enharinaba tanto. A lo cual me respondió:

- Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, si acaso lo tiene; y así, mientras vos queréis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseó yo para representar lo que soy y hablar al Concejo desta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificación del castillo; que estoy cierto que he de sacar yo más en media hora con mi matemática, que no vos en un año con vuestra poesía.

Repliquéle que si importaba al caso, para que lo respetasen, en ir enharinado como besugo. Respondióme que no ignoraba yo que en Flandes servía aquello de gala y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habersele acabado unos polvos olorosos que había traído de allá para el efeto se aprovechaba de los de la harina; y que hallaba por experiencia, y que lo había fundado en buena matemática, el ser mucho mejores y más baratos; porque siendo el trigo el rey de las legumbres y el patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina o polvo la nata y flor de todo lo referido; y que así lo pensaba dar por escrito y introducirlo cuando volviese a los Países Bajos.

Con la buena conversación o polvareda, di yo fin a mi soneto; él a su nevada peinadura; el otro, que tenía más juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos a la plaza, después de haber pagado lo que habíamos hecho de gasto, y apartándome de ellos, llegué a la puerta de la iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el soneto que había hecho, al nivel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

Ebúrnea de candor, fénix pomposa,
débil botón, frondoso brujulea,
zafir mendiga, armiño golosea,
siendo dosel tribuna vaporosa.

Maravilla epigrama procelosa,
en canícula fiesta titubea,
pues solsticio Faetón, ninfa Febea,
precipicios inunda jactanciosa.

¡Oh inicuo trance y trémulos fulgores!
Contemplarse al albor regio edificio,
y yantando en atril de ruiseñores;
ser al ocaso incausto sacrificio,
y sombra mustia lo que al alba flores,
siendo de Ceres frágil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates, cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo a leerlo; y celebrándolo por no entenderlo, y ensalzándolo porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron más de veinte traslados dél; y por hallarse presentes los jueces académicos, me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinión de segundo Góngora.

GÓNGORA

SOLEDADES

Soledad Primera

Era del año la estación florida
En que el mentido robador de Europa
-Media luna las armas de su frente,
Y el Sol todos los rayos de su pelo-,
Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas,
Cuando el que ministrar podía la copa
A Júpiter mejor que el garzón de Ida,
-Náufrago y desdeñado, sobre ausente-,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Da al mar; que condolido,
Fue a las ondas, fue al viento
El mísero gemido,
Segundo de Arión dulce instrumento.
Del siempre en la montaña opuesto pino
Al enemigo Noto
Piadoso miembro roto
-Breve tabla- delfín no fue pequeño
Al inconsiderado peregrino
Que a una Libia de ondas su camino

Fió, y su vida a un leño.
Del Océano, pues, antes sorbido,
Y luego vomitado
No lejos de un escollo coronado
De secos juncos, de calientes plumas
-Alga todo y espumas-
Halló hospitalidad donde halló nido
De Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
Aquella parte poca
Que le expuso en la playa dio a la roca;
Que aun se dejan las peñas
Lisonjear de agradecidas señas.

GÓNGORA

FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA

Huye la ninfa bella: y el marino
Amante nadador, ser bien quisiera,
Ya que no áspid a su pie divino,
Dorado como a su veloz carrera;
Mas, ¡cuál diente mortal, cuál metal fino
La fuga suspender podrá ligera
Que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra
Delfin que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
Copa es de Baco, huerto de Pomona:
Tanto de frutas ésta la enriquece,
Cuanto aquél de racimos la corona.
En carro que estival trillo parece,
A sus campañas Ceres no perdona,
De cuyas siempre fértiles espigas

Las provincias de Europa son hormigas.

A Pales su viciosa cumbre debe
Lo que a Ceres, y aún más, su vega llana;
Pues si en la una granos de oro llueve,
Copos nieva en la otra mil de lana.
De cuantos siegan oro, esquilan nieve,
O en pipas guardan la exprimida grana,
Bien sea religión, bien amor sea,
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.

Sin aras, no: que el margen donde para
Del espumoso mar su pie ligero,
Al labrador, de sus primicias ara,
De sus esquilmos es al ganadero;
De la Copia a la tierra poco avara
El cuerno vierte el hortelano, entero,
Sobre la mimbre que tejió prolija,
Si artificiosa no, su honesta hija.

Arde la juventud, y los arados
Peinan las tierras que surcaron antes,
Mal conducidos, cuando no arrastrados,
De tardos bueyes cual su dueño errantes;
Sin pastor que los silbe, los ganados
Los crujidos ignoran resonantes
De las hondas, si en vez del pastor pobre
El céfiro no silba, o cruje el robre.

Mudo la noche el can, el día dormido
De cerro en cerro y sombra en sombra yace.
Bala el ganado; al mísero balido,
Nocturno el lobo de las sombras nace.
Cébase -y fiero deja humedecido

En sangre de una lo que la otra pace.
¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño,
El silencio del can siga y el sueño!

La fugitiva Ninfa en tanto, donde
Hurta un laurel su tronco al Sol ardiente,
Tantos jazmines cuanta yerba esconde
La nieve de sus miembros da una fuente.
Dulce se queja, dulce le responde
Un ruiñeñor a otro, y dulcemente
Al sueño da sus ojos la armonía,
Por no abrasar con tres soles el día.

GÓNGORA

LOS RAYOS LE CUENTA AL SOL

Los rayos le cuenta al Sol
Con un peine de marfil
La bella Jacinta un día
Que por mi dicha la vi
En la verde orilla
De Guadalquivir.

La mano oscurece al peine;
Mas qué mucho, si el abril
La vio oscurecer los lilios
Que blancos suelen salir
En la verde orilla
De Guadalquivir.

Los pájaros la saludan,
Porque piensa (y es así)
Que el Sol que sale en oriente
Vuelve otra vez a salir
En la verde orilla
De Guadalquivir.

Por sólo un cabello el Sol
De sus rayos diera mil,
Solicitando invidioso
El que se quedaba allí
En la verde orilla
De Guadalquivir.

GÓNGORA

AL TRAMONTAR DEL SOL, LA NINFA MÍA,

Al tramontar del Sol, la ninfa mía,
De flores despojando el verde llano,
Cuántas troncaba la hermosa mano,
Tantas el blanco pie crecer hacía.

Ondeábale el viento que corría
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del día.

Mas luego que ciñó sus sienes bellas
De los varios despojos de su falda
(Término puesto al oro y a la nieve),

Juraré que lució más su guirnalda
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL

*VIDA, ASCENDENCIA, NACIMIENTO, CRIANZA Y AVENTURAS DEL DOCTOR DON DIEGO DE
TORRES Y VILLARROEL*

Era yo a esta sazón un mozote de diez y ocho años, que sólo servía de estorbo, de escándalo y de añadidura a la pobreza; y viendo que la extrema necesidad estaba ya a los umbrales de nuestras puertas, dejé la compañía de mis padres, con la deliberación de no permitir

que la miseria y los desconsuelos se apoderasen de su cansada vida. La piedad de Dios premió mis buenos deseos con la vista de sus alivios. Fue el caso que marché a Madrid y a pocos días logré amistad con Don Jacobo de Flon, superintendente entonces de la Renta del Tabaco de la Corona; y la piedad de este caballero me dio cuatrocientos ducados con un título postizo de visitador de los estancos de Salamanca para que mi padre comiese sin las zozobras en que yo le dejé amenazado.

Pude agregar a este anual socorro la administración de los estados de Acevedo del excellentísimo señor conde de Miranda, mi señor, y, con su producto y los forzosos repuestos de mis tareas, logró una feliz y descansada vejez.

Fue mi padre hombre muy gracioso, de agradable trato y de conversación entretenida y variamente docta. No salía de su tienda comprado o vendido libro alguno, antiguo o moderno, que no lo leyese antes con cuidado e inteligencia. En la historia fue famoso y puntualísimo, y en las facultades escolásticas entendía más que lo que regularmente se presume de un lego con atención a otros cuidados. Gozó de unos humores apacibles, un ánimo suave, sosegado y continuamente festivo. Fue verdadero en sus tratos, humilde en sus obras y palabras, y pacífico y conforme en todas las adversidades. Murió de sesenta y ocho años, con ayuda de los médicos, de una calentura estiva que declinó en unas parótidas, que ellos llaman sintomáticas, y en todo el tiempo de su enfermedad mantuvo la alegría y la gracia del genio, pues hasta la última hora no dejó las preciosas agudezas de su buen humor.

Mi madre, Manuela de Villarroel, vive hoy, cargada con setenta y cuatro años; pero la fortaleza de sus humores y la robustez del genio arrastran la pesadumbre de la edad sin penosa fatiga ni desazón desesperada. La memoria se le ha hundido un poco, pero las demás potencias las usa con prontitud y con deleite. Mi madre fue hija de Francisco de Villarroel, y éste sustentó una dilatada familia con una tienda de lienzos que tenía en la plaza de Salamanca, unas viñas y una casa bodega en el lugar de Villamayor, que son las únicas raíces que conocí en toda mi generación.

Ya he destapado los primeros entresijos de mi descendencia; no dudo que en registrando más rincones se encontrará más basura y más limpieza, pero ni lo más sucio me dará bascas, ni lo más relamido me hará saborear con gula reprehensible. Mis disgustos y mis alegrías no están en el arbitrio de los que pasaron ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta o mi respeto están colgados solamente de mis obras y de mis palabras; los que se murieron nada me han dejado; a los que viven no les pido nada, y en mi fortuna o en mi desgracia no tienen parte ni culpa los unos ni los otros. Lo que aseguro es que pongo lo más humilde y que he entresacado lo más asqueroso de mi generación, para que ningún

soberbio presumido imagine que me puede dar que sentir en callarme o descubrirme los parientes. Algunos tendrían, o estarán ahora, en empleos nobles, respetosos y ricos: el que tenga noticia de ellos, cállelos y descúbralos, que a mí sólo me importa retirarme de las persuasiones de la vanagloria y de los engreimientos de la soberbia. Los hombres todos somos unos: a todos nos rodea la misma carne, nos cubren unos mismos elementos, nos alienta una misma alma, nos afligen unas mismas enfermedades, nos asaltan unos mismos apetitos y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehensiones que producen nuestra locura, no nos diferenciamos cuasi nada. El paño que me cubre es un poco más gordo de hiladura que el que engalana al príncipe; pero ni a él le desfigura de hombre lo delgado ni lo libra de achaques lo pulido, ni a mí me descarta del gremio de la racionalidad lo burdo del estambre. Nuestra raza no es más que una; todos nos derivamos de Adán. El árbol más copetudo tiene muchos pedazos en las zapaterías, algunos zoquetes en las cardas y muchos estillones y mendrugos en las horcas y los tablados, y al revés, el tronco más rudo tiene muchas estatuas en los tronos, algunos oráculos en los tribunales y muchas imágenes en los templos. Yo tengo de todo y en todas partes, como todos los demás hombres; y tengo el consuelo y la vanidad de que no siendo hidalgo ni caballero, sino villanchón redondo, según se reconoce por los cuatro costados que he descosido al sayo de mi alcurnia, hasta ahora ni me ha desamparado la estimación, ni me ha hecho dengues ni gestos la honra, ni me han escupido a la cara ni al nacimiento los que reparten en el mundo los honores, las abundancias y las fortunas.

Otros, con tan malos y peores abuelos como los que me han tocado, viven triunfantes, poderosos y temidos; y muchos de los que tienen sus raíces en los tronos, andan infames, pobres y despreciados. Lo que aprovecha es tener buenas costumbres, que éstas valen más que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indómito, hace justicia a lo que tiene delante. Los abuelos ricos suelen valer más que los nobles; pero ni de unos ni de otros necesita el que se acostumbra a honrados pensamientos y virtuosas hazañas. Un cristiano viejo, sano, robusto, lego y de buen humor es el que debe desear para abuelo el hombre desencañado de estas fantasmas de la soberbia; que sea procurador, abujetero o boticario, todo es droga. Yo, finalmente, estoy muy contento con el mío, y he sido tan dichoso con mis pícaros parientes que, a la hora que esto escribo, a ninguno han ahorcado ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia, de modo alguno, la obediencia al rey, a la ley y a las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines, pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos y picardías. Esta descen-

dencia me ha dado Dios y ésta es la que me conviene y me importa. Y ya que he dicho de dónde vengo, voy a decir lo que ha permitido Dios que sea.

Trozo tercero de la vida e historia de Don Diego de Torres

Empieza desde los veinte años, poco más o menos, hasta los treinta, sobre meses menos o más.

Yo tengo dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la abultan y componen tienen una simetría sin reprehensión; la piel del rostro está llena, aunque ya me van asomando hacia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso, pecas ni otros manchones desmayados. El cabello (a pesar de mis cuarenta y seis años) todavía es rubio; alguna cana suele salir a acusarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules, pequeños y retirados hacia el colodrillo. Las cejas y la barba, bien rebutidas de un pelambre alazán, algo más pajizo que el bermejo de la cabeza. La nariz es el solecismo más reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa y abierta de faldones: remata sobre la mandíbula superior en figura de corozca, apagahumos de iglesia, rabadilla de pavo o cubilete de titiritero, pero, gracias a Dios, no tiene trompicones ni caballete, ni otras señales farisaicas. Los labios, frescos, sin humedad exterior, partidos sin miseria y rasgados con rectitud. Los dientes, cabales, bien cultivados, estrechamente unidos y libres del sarro, el escorbuto y otros asquerosos pegotes. El pie, la pierna y la mano son correspondientes a la magnitud de mi cuerpo; éste se va ya torciendo hacia la tierra y ha empezado a descubrir un semicírculo a los costillares, que los maldicientes llaman corcova. Soy, todo junto, un hombrón alto, picante en seco, blanco, rubio, con más catadura de alemán que de castellano o extremeño. Para los bien hablados, soy bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasía, algo tartamudo de movimientos y un si es no es derrengado de portante. Mirado a distancia, parezco melancólico de fisonomía, aturdido de facciones y triste de guiñaduras; pero, examinado en la conversación, soy generalmente risueño, humilde y afectuoso con los superiores, agradable y entretenido con los inferiores, y un poco libre y desvergonzado con los iguales. El vestido (que es parte esencialísima para la similitud de los retratos) es negro y medianamente costoso, de manera que ni pica en la profanidad escandalosa ni se mete en la estrechez de la hipocresía puerca y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetán en el verano y terciopelo en el invierno, han sido las frecuentes telas con que he arropado mi desvaído corpanchón. El corte de mi ropa es el que introduce la novedad, el que abraza el uso y antojo de las gentes y, lo más cierto, el que quiere el sastre. Guardo en la figura de abate romano la ley de la reforma clerical, menos en los actos de

mis escuelas, que allí me aparezco con los demás catones envainado en el bonete y la sota-na, que son los apatuscos de doctor, las añadiduras de la ciencia y la cobertera de la igno-rancia. A diligencias de los criados voy limpio por de fuera y, con los melindres de mis hermanas, por de dentro; porque, a pesar de mi pereza y mi descuido, me hacen remudar el camisón todos los días. Llevo a ratos todos los cascabeles y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos y los aficionados a su vanidad: reloj de oro con sus borlones que van besando la ingle derecha, sortijón de diamantes, caja de irregular materia con ta-baco escogido, sombrero de Inglaterra, medias de Holanda, hebillas de Flandes y otros gé-neros que, por gritones y raros, publican la prolijidad, la locura, el antojo, el uso y el aseo. Mezclado entre los duques y los arcedianos, ninguno me distinguirá de ellos, ni le pasará por la imaginación que soy astrólogo ni que soy el Torres que anda en esos libros siendo la irrisión y el mojarrilla de las gentes.

He sido el espanto y la incredulidad de los que buscan y desean conocer mi figura, por-que los más pensaban encontrarse con un escolar monstruoso, viejo, torcido, jorobado, cubierto de cerdones, rodeado de una piel de camello o malmetido en alguna albarda, co-mo hábito propio de mi brutalidad. Éste soy, en Dios y en mi conciencia; y por esta copia y la similitud que tiene mi gesto con la cara del mamarracho que se imprime en la primera hoja de mis almanaques, me entresacará el más rudo, aunque me vea entre un millón de hijos de Madrid.

El genio, el natural o este duende invisible (llámese como quisieren) por cuyas burlas, acciones y movimientos rastreamos algún poco de las almas, anda copiado con más verdad en mis papeles, ya porque cuidadosamente he declarado mis defectos, ya porque a hurta-dillas de mi vigilancia se han salido, arrebujaados entre las expresiones, las bachillerías y las incontinencias, muchos pensamientos y palabras que han descubierto las manías de mi propensión y los delirios de mi voluntad. Desmembrado y escasamente repartido se encuentra en algunas planas el cuerpo de mi espíritu; y para cumplir con el asunto que me he tomado, juntaré en breves párrafos algunas señas de mi interior, para que me vea todo jun-to el que quisiere quedar informado de lo que soy por dentro y por fuera.

Tengo, como todos los hijos de Adán, hígado, bazo, corazón, tripas, hipocondrios, me-senterio y toda la caterva de rincones y escondrijos que asegura y demuestra la docta Ana-tomía. Estos son (según aseguran los filósofos naturales) los nidos y las chozas donde se esconden y retiran los apetitos revoltosos, los afectos inescrutables y las pasiones altaneras y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo dócil y lo destemplado, lo arguyen de la disposición, textura, cualidad y tem-

peramento de la parte. La pintura es galana, vistosa y posible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es que, salga del hígado, del bazo o del corazón, yo tengo ira, miedo, piedad, alegría, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre y todos los buenos y malos afectos y loables y reprehensibles ejercicios que se pueden encontrar en todos los hombres juntos y separados.

Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo día me siento con inclinación a llorar y a reír, a dar y a retener, a holgar y a padecer, y siempre ignoro la causa y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado más o menos; porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteración. A la mayor o menor altura de los afectos y a la más furiosa o sosegada expresión de las pasiones, llaman genio, natural o crianza la mayor parte de la comunidad de las gentes; y si el mío se ha de conocer por las más repetidas exaltaciones del ánimo, aquí las pondré con la verdad que las examino, apartando por este breve rato el sonrojo que se va viniendo a mi semblante.

Soy regularmente apacible, de trato sosegado, humilde con los superiores, afable con los pequeños y, las más de las veces, desahogado con los iguales. En las conversaciones hablo poco, quedo y moderado, y nunca tuve valor para meterme a gracioso, aunque he sentido bullir en mi cabeza los equívocos, los apodos y otras sales con que sazonan los más políticos sus pláticas. Hállome felizmente gustoso entre toda especie, sexo y destino de personas; sólo me enfadan los embusteros, los presumidos y los porfiados; huyo de ellos luego que los descubro, con que paso generalmente la vida dichosamente entretenido. Tal cual resentimiento padece el ánimo en las precisas concurrencias, donde son inexcusables los pelmazos, los tontos y otras mezclas de majaderos que se tropiezan en el concurso más escogido; pero éste es mal de muchos y consuelo mío. Sufro sus disparates con conformidad y tolerancia, y me vengo de sus desatinos con la pena que presumo que les darán mis desconciertos. Soy dócil y manejable en un grado vicioso y reprehensible, porque hago y concurro a cuanto me mandan, sin examinar los peligros ni las resultas infelices; pero bien lo he pagado, porque las congojas y desazones que he padecido en este mundo no me las han dado mis émulos, mis enemigos ni la mala fortuna, sino es mi docilidad y mi franqueza.

Mi dinero, mis súplicas, mi representación tal cual es, mi casa y mis ajuares, los he franqueado a todos, sin exceptuar a mis desafectos. Lo más de mi vida, ya en los pasajes de mis aventuras y ya en las avenidas de mis abatimientos, la he pasado comiendo a costa ajena, huésped honrado y querido en las primeras casas del reino; y, pudiendo ser rico con estos ahorros y las producciones de mis tareas, siempre andan iguales los gastos y las ganancias.

He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos y petardistas, más de cuarenta mil ducados que me han puesto en casa mis afortunados disparates. En veinte años de escritor he percibido a más de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias a Dios, sin tener a la hora que esto escribo más repuestos que algunos veinte doblones que guardará mi madre, que ha sido siempre la tesorera y repartidora de mis trabajos y caudales. Si a algún envidiosillo o mal contento de mis fortunas le parece mentira o exageración esta ganancia, véngase a mí, que le mostraré las cuentas de Juan de Moya y las de los demás liberos, que todavía existen ellas y vivo yo y mis administradores.

Es público, notorio y demostrable mi desinterés; tanto que ha tocado en perdición, desorden y majadería. He trabajado de balde y con continuación para muchos que han hecho su fama y su negocio con los desperdicios de mis fatigas. Habiendo sido el número de mis tareas bastantemente copioso, son más las que están en la lista de las regaladas que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis pronósticos y mis necesidades, ha tenido letra abierta el más retirado de mi amistad y el más extraño de mi conocimiento. El dicho Moya, que es el depositario de mis mercaderías y disparates, jurará que le tengo dada orden para que no recatee mis papeles y que los dé graciosamente al que llegare a su tienda sin más recomendación que la de una buena capa.

[...] Las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados y sus relaciones, historias y chistes, me arrullan, me entretienen y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo y el espanto. Varias veces he proferido en las conversaciones que traigo siempre en mi bolsillo un doblón de a ocho, que en esta era vale más de trescientos reales, para dárselo a quien me quiera hechizar, o regalársele a una bruja, a una espiritada que yo examine, o al que me quisiere meter en una casa donde habite un duende. Me he convidado a vivir en ella sin más premio que el ahorro de los alquileres; y hasta ahora he pagado las que he vivido, y discurro que mi doblón me servirá para misas, porque ya creo, que me he de morir sin verme hechizado ni sorbido.

Yo me burlo de todas estas especies de gentes, espíritus y maleficios, pero no las niego absolutamente; las travesuras que he oído a los historiadores crédulos de mi tiempo, todas han salido embustes; yo no he visto nada, y he andado a montería de brujos, duendes y hechiceros lo más de mi vida. Algo habrá; sea en hora buena y haya lo que hubiere. Para que no me coja el miedo le sobra a mi espíritu la contemplación de lo raro, lo mentiroso de las noticias y la esperanza de que no he de ser tan desgraciado que me toque a mí la mala ventura y el mochuelo; y cuando sea tan infeliz que me pille el golpe de alguna de las di-

chas desgracias, me encaramo en mi resignación católica; y mientras llega el talegazo, me río de todos los chismes y patrañas que andan en la boca de los crédulos y medrosos y en la persuasión de algunos que comercian con este género de drogas. Tengo presente al Torreblanca, al padre Martín del Río en sus *Desquisiciones mágicas*, y muy en la memoria los actos de fe que se han celebrado en los santos tribunales de la Inquisición, en los que regularmente se castigan más majaderos, tontos y delincuentes en el primer mandamiento de la Ley de Dios, que brujos y hechiceros; y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta y castiga a los diablos y los espíritus; y todo me sirve para creer algo, disputar poco y no temer nada.

JOSÉ FRANCISCO DE LA ISLA

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, ALIAS ZOTE

Prosigue Fray Gerundio estudiando su filosofía, sin entender palabra de ella

La verdad sea dicha (porque ¿qué provecho sacará el curioso lector de que yo infierne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable fray Toribio en embutir a sus discípulos en estas inútiles sutilezas, menos entendía de ellas nuestro fray Gerundio. No porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el genio y la inclinación le llevaban hacia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más a propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tedio las materias escolásticas, y no podía acabar consigo el aplicarse a estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicación del maestro. Llegó éste a explicar los grados metafísicos de ente, sustancia, criatura, cuerpo, etc. Y por más que se desgañitaba en enseñar que todo lo que existe es ente; si se ve y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y real, pero espiritual, inmaterial e incorpóreo; si no tiene más ser que el que le da la imaginación y el entendimiento, es ente intelectual, ideal e imaginario; siendo ésta una cosa tan clara, para fray Gerundio era una algarabía. Porque, habiendo oído muchas veces en la religión cuando se trataba de algún sujeto exótico y estrafalario, Vaya que ése es ente, jamás pudo entender por ente otra cosa que un hombre irregular o risible por algún camino. Y así, después que oyó a su lector las propiedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara R.E.V.B.A.U., cuando veía a alguno de genio extrava-

gante, decía, no sin vanidad de su comprensión escolástica: «Éste es un reubau, como lo explicó mi lector».

2. Por la palabra sustancia, en su vida entendió otra cosa más que caldo de gallina, por cuanto siempre había oído a su madre, cuando había enfermo en casa, Voy a darle una sustancia. Y así se halló el hombre más confuso del mundo el año que estudió la física. Tocándole argüir a la cuestión que pregunta si la sustancia es inmediatamente operativa, su lector defendía que no. Y fray Gerundio perdía los estribos de la razón y de la paciencia, pareciéndole que éste era el mayor disparate que podía defenderse; pues era claramente contra la experiencia, y a él se le había ofrecido un argumento, a su modo de entender, demostrativo que convencía concluyentemente lo contrario. Fuese, pues, al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera:

- El caldo de gallina es verdadera sustancia; *sed sic est* que el caldo de gallina es inmediatamente operativo; luego la sustancia es inmediatamente operativa.

Negáronle la menor, y probóla así:

- Aquello que, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo; *sed sic est* que el caldo de gallina, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente; luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo.

Rióse a carcajada tendida toda la mosquetería del aula. Negáronle la menor de este segundo silogismo; y él, enfurecido, parte con la risa y parte con que le hubiesen negado una proposición que tenía por más clara que el sol que nos alumbra, sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle. Sube a la celda, llama al enfermero, dícele que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha había alguno prevenido para los enfermos. El enfermero, que le vio tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le había dado algún accidente cólico, para el cual había oído decir que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serían los de gallina, va volando a su cocinilla particular, dispónole la lavativa y adminístrasela. Hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija de las que se destinan para este ministerio, y bajando al general sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y a todos los circunstantes:

- Los que quisieran ver si el caldo de gallina hace o no hace obrar inmediatamente, vayan a mi celda, y allí encontrarán la prueba. Y después, que se vayan a defender que la sustancia no es inmediatamente operativa.

Este lance acabó de ponerle de muy mal humor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos, que le querían

bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo a este estudio, a lo menos al de aquellas materias, así físicas como metafísicas, que no sólo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las cuestiones más importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón sin exponerse a decir mil necedades, herejías y dislates, no fue posible convencerle. Ni aunque le dieron algunos panes y agua, hasta llegar también a media docena de despojos, ni por éstas se pudo conseguir que se aplicase a lo que no le llevaba la inclinación, y más habiendo en casa quien le ayudaba a lo mismo.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

EL SÍ DE LAS NIÑAS

[Doña Irene] Es muy gitana y muy mona, mucho.

[Don Diego] Tiene un donaire natural que arrebató.

[Doña Irene] ¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecó del mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocación, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime a los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

[Don Diego] Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada unión, y...

[Doña Irene] Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

[Don Diego] Si, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinación, oyéndose-lo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfacción imponderable.

[Doña Irene] No tenga usted sobre ese particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que a una niña no es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda se atreviese a decirle a un hombre: "Yo le quiero a usted."

[Don Diego] Bien. Si fuese a un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero a un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

[Doña Irene] Conmigo usa de más franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que a usted le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer no-

che, después que usted se fue a recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oírla.

[Don Diego] ¡Y qué? ¡Hablabas de mí?

[Doña Irene] ¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta!...

[Don Diego] ¡Calle! ¿Eso decía?

[Doña Irene] No; esto se lo decía yo, y me escuchaba con una atención como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas le dije! Y ella, que tiene mucha penetración, aunque me está mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan a una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho; a una de diez y siete, con otro de veintidós; ella, niña, sin juicio ni experiencia, y él, niño también, sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es el mundo. Pues, señor, que es lo que yo digo: ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar a los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir a los hijos? Porque sucede también que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasión.

[Don Diego] Ciertamente que es un dolor el ver rodeados de hijos a muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educación.

[Doña Irene] Lo que sé decirle a usted es que aún no había cumplido los diez y nueve años cuando me casé de primeras nencias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso... Y, al mismo tiempo, más divertido y decidor. Pues, para servir a usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

[Don Diego] Buena edad... No era un niño, pero...

[Doña Irene] Pues a eso voy... Ni a mí podía convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos a la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias a Dios, como una manzana, ni en su vida conoció otro mal sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dio en darle tan a menudo y tan recio, que a los siete meses me hallé viuda y encinta de una criatura que nació después, y, al cabo y al fin, se me murió de alfombrilla.

JOSÉ ZORRILLA

DON JUAN TENORIO

[Escultor] Yo quise poner también
la estatua del matador
entre sus víctimas, pero
no pude a manos haber
su retrato... Un Lucifer
dicen que era el caballero
don Juan Tenorio.

[Don Juan] ¡Muy malo!
Mas, como pudiera hablar,
le había algo de abonar
la estatua de Don Gonzalo.

[Escultor] ¿También habéis conocido
a don Juan?

[Don Juan] Mucho.

[Escultor] Don Diego
le abandonó desde luego,
desheredándole.

[Don Juan] Ha Sido
para don Juan poco daño
ése, porque la fortuna
va tras él desde la cuna.

[Escultor] Dicen que ha muerto.

[Don Juan] Es engaño: vive.

[Escultor] ¿Y dónde?

[Don Juan] Aquí, en Sevilla.

[Escultor] ¿Y no teme que el furor
popular...?

[Don Juan] En su valor
no ha echado el miedo semilla.

[Escultor] Mas cuando vea el lugar
en que está ya convertido
el solar que suyo ha sido,
no osará en Sevilla estar.

[Don Juan] Antes ver tendrá a fortuna
en su casa reünidas
personas de él conocidas,
puesto que no odia a ninguna.

[Escultor] ¿Creéis que ose aquí venir?

[Don Juan] ¿Por qué no? Pienso, a mi ver,
que donde vino a nacer
justo es que venga a morir.
Y pues le quitan su herencia
para enterrar a éstos bien,
a él es muy justo también
que le entierren con decencia.

[Escultor] Sólo a él le está prohibida
en este panteón la entrada.

[Don Juan] Trae don Juan muy buena espada,
y no sé quién se la impida.

[Escultor] ¡Jesús! ¡Tal Profanación!

[Don Juan] Hombre es don Juan que, a querer,
volverá el palacio a hacer
encima del panteón.

[Escultor] ¡Tan audaz ese hombre es
que aun a los muertos se atreve?

[Don Juan] ¿Qué respetos gastar debe
con los que tendió a sus pies?

[Escultor] Pero ¿no tiene conciencia
ni alma ese hombre?

[Don Juan] Tal vez no,
que al cielo una vez llamó
con voces de penitencia,
y el cielo en trance tan fuerte

allí mismo le metió,
que a dos inocentes dio
para salvarse la muerte.

*

[Don Juan] (*De rodillas*)

¡Doña Inés! Sombra querida,
alma de mi corazón,
no me quites la razón
si me has de dejar la vida!
Si eres imagen fingida,
sólo hija de mi locura,
no aumentes mi desventura
burlando mi loco afán.

[Sombra] Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.

[Don Juan] ¡Conque vives?

[Sombra] Para ti;

mas tengo mi purgatorio
en ese mármol mortuorio
que labraron para mí.
Yo a Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura,
y Dios, al ver la ternura
con que te amaba mi afán,
me dijo: "Espera a don Juan
en tu misma sepultura.
Y pues quieres ser tan fiel
a un amor de Satanás,
con don Juan te salvarás,
o te perderás con él.
Por él vela: mas si cruel
te desprecia tu ternura,
y en su torpeza y locura

sigue con bárbaro afán,
llévese tu alma don Juan
de tu misma sepultura”. [...]

[Don Juan] ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?

¡Hasta los muertos así
dejan sus tumbas por mí!
Mas sombra, delirio fue.
Yo en mi mente le forjé;
la imaginación le dio
la forma en que se mostró,
y ciego vine a creer
en la realidad de un ser
que mi mente fabricó.
Mas nunca de modo tal
fanatizó mi razón
mi loca imaginación
con su poder ideal.
Sí, algo sobrenatural
vi en aquella doña Inés
tan vaporosa a través
aun de esa enramada espesa;
mas..., ¡bah!, circunstancia es ésa
que propia de sombras es.
¿Qué más diáfano y sutil
que las quimeras de un sueño?
¿Dónde hay nada más risueño,
más flexible y más gentil?
¿Y no pasa veces mil
que en febril exaltación
ve nuestra imaginación
como ser y realidad
la vacía vanidad
de una anhelada ilusión?

¡Sí, por Dios, delirio fue!
Mas su estatua estaba aquí.
Sí, yo la vi y la toqué,
y aun en albricias le di
al Escultor no sé qué.
¡Y ahora sólo el pedestal
veo en la urna funeral!
¡Cielos! La mente me falta,
o de improviso me asalta
algún vértigo infernal.
¿Qué dijo aquella visión?
¡Oh! Yo la oí claramente,
y su voz triste y doliente
resonó en mi corazón.
¡Ah! ¡Y breves las horas son
del plazo que nos augura!
No, no; de mi calentura
delirio insensato es!
Mi fiebre fue a doña Inés
quien abrió la sepultura.
¡Pasad y desvaneceos;
pasad, siniestros vapores
de mis perdidos amores
mis fallidos deseos!
Pasad, vanos devaneos
de un amor muerto al nacer;
no me volváis a traer
entre vuestro torbellino
ese fantasma divino
que recuerda una mujer!
¡Ah! ¡Estos sueños me aniquilan,
mi cerebro se enloquece...
y esos mármoles parece
que estremecidos vacilan!

(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hacia él)

Sí, sí: sus bustos oscilan,
su vago contorno medra...
Pero don Juan no se arredra:
¡alzaos, fantasmas vanos,
y os volveré con mis manos
a vuestros lechos de piedra!
No, no me causan pavor
vuestros semblantes esquivos;
jamás, ni muertos ni vivos,
humillaréis mi valor.
Yo soy vuestro matador
como al mundo es bien notorio;
si en vuestro alcázar mortuorio
me aprestáis venganza fiera,
daos prisa: aquí os espera
otra vez don Juan Tenorio.

*

[Don Juan] ¿Conque hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí?
¿Conque es verdad, ¡ay de mí!,
lo que no creí jamás?
¡Fatal verdad que me hiela
la sangre en el corazón!
Verdad que mi perdición
solamente me revela.
¿Y ese reló?

[Don Gonzalo] Es la medida
de tu tiempo.

[Don Juan] ¡Expira ya!

[Estatua] Sí: en cada grano se va

un instante de tu vida.

[Don Juan] ¿Y éstos me quedan no más?

[Estatua] Sí.

[Don Juan] ¡Injusto Dios! Tu poder
me haces ahora conocer
cuando tiempo no me das
de arrepentirme.

[Estatua] Don Juan,
un punto de contrición
da a un alma la salvación,
y ese punto aún te le dan...

[Don Juan] ¡Imposible! ¡En un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos!

[Estatua] Aprovéchale con tiento,
(Tocan a muerto)
porque el plazo va a expirar.
y las campanas doblando
por ti están, y están cavando
la fosa en que te han de echar.

(Se oye a lo lejos el oficio de difuntos)

[Don Juan] ¿Conque por mi doblan?

[Don Gonzalo] Sí.

[Don Juan] ¿Y esos cantos funerales?

[Estatua] Los salmos penitenciales,
que están cantando por ti.

(Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro)

[Don Juan] ¿Y aquel entierro que pasa?

[Don Gonzalo] Es el tuyo.

[Don Juan] ¡Muerto yo!

[Don Gonzalo] El capitán te mató

a la puerta de tu casa.
[Don Juan] Tarde la luz de la fe
penetra en mi corazón,
pues crímenes mi razón
a su luz tan sólo ve.
Los ve... y con horrible afán,
porque al ver su multitud
ve a Dios en la plenitud
de su ira contra don Juan.
¡Ah! Por doquiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
y a la justicia burlé,
y emponzoñé cuanto vi.
Yo a las cabañas bajé,
y a los palacios subí,
y los claustros escalé;
pues tal mi vida fue,
no, no hay perdón para mí.
Mas ¡ah! estáis todavía

(A los fantasmas)

con quietud tan pertinaz!
Dejadme morir en paz
a solas con mi agonía.
Mas con esa horrenda calma,
¿qué me auguráis, sombras fieras?
¿Qué esperan de mí?

(A la estatua de Don Gonzalo)

[Estatua] Que mueras,
para llevarse tu alma.

Y adiós, don Juan; ya tu vida
toca a su fin, y pues vano
todo fue, dame la mano
en señal de despedida.

[Don Juan] ¡Muéstrasme ahora amistad?

[Estatua] Si; que injusto fui contigo,
y Dios me manda tu amigo
volver a la eternidad.

[Don Juan] Toma, pues.

[Don Gonzalo] Ahora, don Juan,
pues desperdicias también
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven.

[Don Juan] ¡Aparta, piedra fingida!

Suelta, suéltame esa mano,
que aun queda el último grano
en el reló de mi vida.

Suéltala, que si es verdad
que un punto de contrición
da a un alma la salvación
de toda una eternidad,
yo, Santo Dios, creo en Ti;
si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!

[Estatua] Ya es tarde.

(Don Juan se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van a abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de doña Inés y aparece ésta. Doña Inés toma la mano que don Juan tiende al cielo)

JOSÉ DE ESPRONCEDA

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

Era más de media noche,
antiguas historias cuentan,
cuando en sueño y en silencio
lóbrego envuelta la tierra,
los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
tácitas pisadas huecas,
y pavorosas fantasmas
entre las densas tinieblas
vagan, y aúllan los perros
amedrentados al verlas:
En que tal vez la campana
de alguna arruinada iglesia
da misteriosos sonidos
de maldición y anatema,
que los sábados convoca
a las brujas a su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
no vislumbraba una estrella,
silbaba lúgubre el viento,
y allá en el aire, cual negras
fantasmas, se dibujaban
las torres de las iglesias,
y del gótico castillo
las altísimas almenas,
donde canta o reza acaso
temeroso el centinela.
Todo en fin a media noche
reposaba, y tumba era
de sus dormidos vivientes
la antigua ciudad que riega

el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
cruje y un ¡ay! se escuchó;
un ay moribundo, un ay
que penetra el corazón,
que hasta los tuétanos hiela
y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
pronuncia el último adiós.

*

Cual suele la luna tras lóbrega nube
con franjas de plata bordarla en redor,
y luego si el viento la agita, la sube
disuelta a los aires en blanco vapor:
Así vaga sombra de luz y de nieblas,
mística y aérea dudosa visión,
ya brilla, o la esconden las densas tinieblas
cual dulce esperanza, cual vana ilusión.
La calle sombría, la noche ya entrada,
la lámpara triste ya pronta a expirar,
que a veces alumbra la imagen sagrada
y a veces se esconde la sombra a aumentar.
El vago fantasma que acaso aparece,
y acaso se acerca con rápido pie,
y acaso en las sombras tal vez desaparece,
cual ánima en pena del hombre que fue,
al más temerario corazón de acero
recelo inspirara, pusiera pavor;

al más maldiciente feroz bandolero
el rezo a los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aún sangre su espada
destila, el fantasma terror infundió,
y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
osado a su encuentro despacio avanzó.

*

Y entonces la visión del blanco velo
al fiero Montemar tendió una mano,
y era su tacto de crispante hielo,
y resistirlo audaz intentó en vano:

galvánica, cruel, nerviosa y fría,
histérica y horrible sensación,
toda la sangre coagulada envía
agolpada y helada al corazón...

Y a su despecho y maldiciendo al cielo,
de ella apartó su mano Montemar,
y temerario alzándola a su velo,
tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!, los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte halló!
Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!

Y ella entonces gritó: ¡Mi esposo! Y era
(idesengaño fatal!, ¡triste verdad!)
una sórdida, horrible calavera,
la blanca dama del gallardo andar...

Luego un caballero de espuela dorada,
airoso, aunque el rostro con mortal color,
traspasado el pecho de fiera estocada,
aún brotando sangre de su corazón,

se acerca y le dice, su diestra tendida,
que impávido estrecha también Montemar:

- Al fin la palabra que disteis, cumplida;
doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya.

-Mi muerte os perdono. Por cierto, don Diego,
repuso don Félix tranquilo a su vez,
me alegro de veros con tanto sosiego,
que a fe no esperaba volveros a ver.

En cuanto a ese espectro que decís mi esposa,
raro casamiento venísme a ofrecer:
su faz no es por cierto ni amable ni hermosa,
mas no se os figure que os quiera ofender.

Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
y espero no salga fallido mi plan,
que en caso tan raro y mi esposa muerta,
tanto como viva no me cansará.

Mas antes decidme si Dios o el demonio
me trajo a este sitio, que quisiera ver
al uno o al otro, y en mi matrimonio
tener por padrino siquiera a Luzbel:

Cualquiera o entrambos con su corte toda,
estando estos nobles espectros aquí,
no perdiera mucho viniendo a mi boda...
Hermano don Diego, ¿no pensáis así?

Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
en torno arrojando con fiero ademán
miradas audaces de altivo desdén,
al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,
los fríos, largos y asquerosos brazos,
le enreda en tanto en apretados lazos,
y ávido le acaricia en su ansiedad:
y con su boca cavernosa busca
la boca a Montemar, y a su mejilla
la árida, descarnada y amarilla
junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,

aún más sus nudos que se aprieta siente,
baña un mar de sudor su ardida frente
y crece en su impotencia su furor;
pugna con ansia a desasirse en vano,
y cuanto más airado forcejea,
tanto más se le junta y le desea
el rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
y en aérea fantástica danza,
que la mente del hombre no alcanza
en su rápido curso a seguir,
los espectros su ronda empezaron,
cual en círculos raudos el viento
remolinos de polvo violento
y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos,
resonando cual lúgubre eco,
levantóse con su cóncavo hueco
semejante a un aullido una voz:
pavorosa, monótona, informe,
que pronuncia sin lengua su boca,
cual la voz que del áspera roca
en los senos el viento formó.
[...]

GUASTAVO ADOLFO BÉCQUER

RIMAS

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarle y apenas ¡oh hermosa!
si teniendo en mis manos las tuyas
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

* * *

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas,
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista,
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías,
mientras haya en el mundo primavera
¡habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista,
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a do camina,
mientras haya un misterio para el hombre
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,
sin que los labios rían;
mientras se lllore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran,
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas,
mientras exista una mujer hermosa
¡habrá poesía!

* * *

Voy contra mi interés al confesarlo,
no obstante, amada mía,
pienso cual tú que una oda sólo es buena
de un billete del Banco al dorso escrita.
No faltará algún necio que al oírlo
se haga cruces y diga:
Mujer al fin del siglo diez y nueve
material y prosaica... ¡Boberías!
¡Voces que hacen correr cuatro poetas
que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros a la luna!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
con genio es muy contado el que la escribe,
y con oro cualquiera hace poesía

* * *

¡Cuando miro el azul horizonte
perderse a lo lejos,
al través de una gasa de polvo
dorado e inquieto,
me parece posible arrancarme
del mísero suelo
y flotar con la niebla dorada
en átomos leves
cual ella deshecho!

Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar como ardientes
pupilas de fuego,
me parece posible a dó brillan
subir en un vuelo,
y anegarme en su luz, y con ellas
en lumbre encendido
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo
ni aún sé lo que creo;
sin embargo estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro.

* * *

- Yo soy ardiente, yo soy morena
yo soy el símbolo de la pasión,
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas?

- No es a ti: no.

- Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin.

Yo de ternura guardo un tesoro

¿A mí me llamas?

- No: no es a ti.

- Yo soy un sueño, un imposible,

vano fantasma de niebla y luz;

soy incorpórea, soy intangible:

no puedo amarte.

- ¡Oh ven; ven tú!

* * *

Volverán las oscuras golondrinas

en tu balcón sus nidos a colgar,

y otra vez con el ala a sus cristales

jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban

tu hermosura y mi dicha a contemplar,

aquéllas que aprendieron nuestros nombres...

ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreelvas

de tu jardín las tapias a escalar

y otra vez a la tarde aún más hermosas

sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío

cuyas gotas mirábamos temblar

y caer como lágrimas del día...

ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar,
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate
así... ¡no te querrán!

ROSALÍA DE CASTRO
EN LAS ORILLAS DEL SAR

Orillas del Sar

I

A través del follaje perenne
que oír deja rumores extraños,
y entre un mar de ondulante verdura,
amorosa mansión de los pájaros,
desde mis ventanas veo
el templo que quise tanto.

El templo que tanto quise...,
pues no sé decir ya si le quiero,
que en el rudo vaivén que sin tregua
se agitan mis pensamientos,
dudo si el rencor adusto
vive unido al amor en mi pecho.

II

Otra vez, tras la lucha que rinde
y la incertidumbre amarga
del viajero que errante no sabe
dónde dormirá mañana,
en sus lares primitivos
halla un breve descanso mi alma.

Algo tiene este blando reposo
de sombrío y de halagüeño,
cual lo tiene, en la noche callada,
de un ser amado el recuerdo,
que de negras traiciones y dichas
inmensas, nos habla a un tiempo.

Ya no lloro..., y no obstante, agobiado
y afligido mi espíritu, apenas
de su cárcel estrecha y sombría
osa dejar las tinieblas
para bañarse en las ondas
de luz que el espacio llenan.

Cual si en suelo extranjero me hallase,
tímida y hosca, contemplo
desde lejos los bosques y alturas
y los floridos senderos
donde en cada rincón me aguardaba
la esperanza sonriendo.

III

Oigo el toque sonoro que entonces
a mi lecho a llamarme venía
con sus ecos que el alba anunciaban,

mientras, cual dulce caricia,
un rayo de sol dorado
alumbraba mi estancia tranquila.

Puro el aire, la luz sonrosada,
iqué despertar tan dichoso!
Yo veía entre nubes de incienso,
visiones con alas de oro
que llevaban la venda celeste
de la fe sobre sus ojos...

Ese sol es el mismo, mas ellas
no acuden a mi conjuro;
y a través del espacio y las nubes,
y del agua en los limbos confusos,
y del aire en la azul transparencia,
¡ay!, ya en vano las llamo y las busco.

Blanca y desierta la vía
entre los frondosos setos
y los bosques y arroyos que bordan
sus orillas, con grato misterio
atraerme parece y brindarme
a que siga su línea sin término.

Bajemos, pues, que el camino
antiguo nos saldrá al paso,
aunque triste, escabroso y desierto,
y cual nosotros cambiado,
lleno aún de las blancas fantasmas
que en otro tiempo adoramos.

IL REALISMO

LEOPOLDO ALAS, CLARÍN

PRÓLOGO A

LA CUESTIÓN PALPITANTE DE EMILIA PARDO BAZÁN

Mano sucia de la literatura llamaba al naturalismo un ilustre académico, pocos días hace; y ahora tenemos que una mano blanca y pulquérrima, de esas que no ofenden aunque peguen, por ser de quien son, y que se cubren de guante oloroso de ocho botones, viene a defender con pluma de oro lo que el autor de *El Sombrero de Tres Picos* tan duramente califica.

Aunque en rigor, tal vez lo que en este libro se defiende no es lo mismo que el señor Alarcón ataca, como los molinos que atacaba Don Quijote no eran los gigantes que él veía.

No es lo peor que el naturalismo no sea como sus enemigos se lo figuran, sino que se parezca muy poco a la idea que de él tienen muchos de sus partidarios, llenos de una fe tan imprudente como todas las que son ciegas. En España, y puede ser que fuera suceda lo mismo, las ideas nuevas suelen comenzar a pudrirse antes de que maduren: cuando los españoles capaces de pensar por cuenta propia todavía no se han convencido de algo, ya el vulgo está al cabo de la calle, y ha entendido mal lo que los otros no acababan de entender bien. Lo malo de lo vulgar no es el ser cosa de muchos, sino de los peores, que son los más. Las ideas que se vulgarizan pierden su majestad, como los reyes populacheros. Porque una cosa es propagar y otra vulgarizar. Los adelantos de las ciencias naturales vulgarizados han dado por fruto las novelas absurdas de Verne y los libros de Figuiet. El positivismo que ha llegado a los cafés, y acaso a las tabernas, no es más que la blasfemia vulgar con algunos términos técnicos.

El naturalismo literario, que en España han admitido muy pocas personas formales, hasta ahora, cunde fácilmente, como un incendio en un almacén de petróleo, entre la gente menuda aficionada a lecturas arriesgadas. Es claro que el naturalismo no es como esos entusiastas, más simpáticos que juiciosos, lo comprenden y predicán. El naturalismo, según ellos, lo puede derrotar el idealismo cinco veces en una hora: el naturalismo, según él, no lo ha entendido el Sr. Alarcón todavía, y lo que es más doloroso, el Sr. Campoamor tampoco. Para éste es la imitación de lo que repugna a los sentidos; para Alarcón es... la parte contraria.

El libro a que estos renglones sirven de prólogo es uno de los que mejor exponen la doctrina de esa nueva tendencia literaria tan calumniada por amigos y enemigos.

¿Qué es el naturalismo? El que lea de buena fe, y con algún entendimiento por supuesto, los capítulos que siguen, preparado con el conocimiento de las obras principales, entre las muchas a que ésta se refiere, podrá contestar a esa pregunta exactamente o poco menos. Yo aquí voy a limitarme, en tal respecto, a decir algo de lo que el naturalismo no es, reservando la mayor parte del calor natural para elogiar, como lo merece, a la señora que ha escrito el presente libro. Porque, a decir verdad, si para mí es cosa clara el naturalismo, lo es mucho más el ingenio de tan discreto abogado, que me recuerda a aquel otro, del mismo sexo, que Shakespeare nos pinta en *El Mercader de Venecia*.

El naturalismo no es la imitación de lo que repugna a los sentidos, Sr. Campoamor, queridísimo poeta; porque el naturalismo no copia ni puede copiar la sensación, que es donde está la repugnancia. Si el naturalismo literario regalase al Sr. Campoamor los olores, colores, formas, ruidos, sabores y contactos que le disgustan, podría quejarse, aunque fuera a costa de los gustos ajenos (pues bien pudieran ser agradables para otros los olores, sabores, formas, colores y contactos que disgustasen al poeta insigne). Pero es el caso que la literatura no puede consistir en tales sensaciones ni en su imitación siquiera. Las sensaciones no se pueden imitar sino por medio de sensaciones del mismo orden. Por eso la literatura ha podido describir la peste de Milán y los apuros de Sancho en la escena de los batanes, sin temor al contagio ni a los malos olores. El argumento del asco empleado contra el naturalismo no es de buena fe siquiera.

El naturalismo no es tampoco la constante repetición de descripciones que tienen por objeto representar ante la fantasía imágenes de cosas feas, viles y miserables. Puede todo lo que hay en el mundo entrar en el trabajo literario, pero no entra nada por el mérito de la fealdad, sino por el valor real de su existencia. Si alguna vez un autor naturalista ha exagerado, falto de tino, la libertad de escoger materia, perdiéndose en la descripción de lo insignificante, esta culpa no es de la nueva tendencia literaria.

El naturalismo no es solidario del positivismo, ni se limita en sus procedimientos a la observación y experimentación en el sentido abstracto, estrecho y lógicamente falso, por exclusivo, en que entiende tales formas del método el ilustre Claudio Bernard. Es verdad que Zola en el peor de sus trabajos críticos ha dicho algo de eso; pero él mismo escribió más tarde cosa parecida a una rectificación; y de todas maneras, el naturalismo no es responsable de esta exageración sistemática de Zola.

El naturalismo no es el pesimismo, diga lo que quiera el notable filósofo y crítico González Serrano, y por más que en esta opinión le acompañe acaso la poderosa inteligencia de

Doña Emilia Pardo Bazán, autora de este libro. Verdad es que Zola habla algunas veces — por ejemplo, al criticar *Las Tentaciones de San Antonio*— de lo que llamaba Leopardi «l'infinita vanità del tutto»; pero esto no lo hace en una novela; es una opinión del crítico. Y aunque se pudiera demostrar, que lo dudo, que de las novelas de Zola y de Flaubert se puede sacar en consecuencia que estos autores son pesimistas, no se prueba así que el naturalismo, escuela, o mejor, tendencia pura y exclusivamente literaria, tenga que ver ni más ni menos con determinadas ideas filosóficas acerca de las causas y finalidad del mundo. Ninguna teoría literaria seria se mete en tales libros de metafísica; y menos que ninguna el naturalismo, que, en su perfecta imitación de la realidad, se abstiene de dar lecciones, de pintar los hechos como los pintan los inventores de filosofías de la historia, para hacerles decir lo que quiere que digan el que los pinta: el naturalismo encierra enseñanzas, como la vida, pero no pone cátedra: quien de un buen libro naturalista deduzca el pesimismo, lleva el pesimismo en sí; la misma conclusión sacará de la experiencia de la vida. Si es el libro mismo el que forzosamente nos impone esa conclusión, entonces el libro podrá ser bueno o malo, pero no es, en este respecto, naturalista. Pintar las miserias de la vida no es ser pesimistas. Que hay mucha tristeza en el mundo, es tal vez el resultado de la observación exacta.

El naturalismo no es una doctrina exclusivista, cerrada, como dicen muchos: no niega las demás tendencias. Es más bien un oportunismo literario; cree modestamente que la literatura más adecuada a la vida moderna es la que él defiende. El naturalismo no condena en absoluto las obras buenas que pueden llamarse idealistas; condena, sí, el idealismo, como doctrina literaria, porque éste le niega a él el derecho a la existencia.

El naturalismo no es un conjunto de recetas para escribir novelas, como han creído muchos incautos. Aunque niega las abstracciones quiméricas de cierta psicología estética que nos habla de los mitos de la inspiración, el estro, el genio, los arrebatos, el desorden artístico y otras invenciones a veces inmorales; aunque concede mucho a los esfuerzos del trabajo, del buen sentido, de la reflexión y del estudio, está muy lejos de otorgar a los necios el derecho de convertirse en artistas, sin más que penetrar en su iglesia. Entren en buena hora en el naturalismo cuantos lo deseen..., pero en este rito no canta misa el que quiere: los fieles oyen y callan. Esto lo olvidan, o no lo saben, muchos caballeros que, por haberse enterado de prisa y mal de lo que quiere la nueva tendencia literaria, cogen y se ponen a escribir novelas, llenos de buena intención, dispuestos a seguir en todo el dogma y la disciplina del naturalismo... Pero, fides sine operibus nulla est. Autor de estos hay que tiene en proyecto contar las estrellas y todas las arenitas del mar, para escribir la obra más

perfecta del naturalismo. Ya se han escrito, por acá novelas naturalistas con planos; y no falta quien tenga entre ceja y ceja una novela política, naturalista también, en la que, con motivo de hacer diputado al protagonista, piensa publicar la ley electoral y el censo. Lástima que tales extravíos no sean siquiera excesos del ingenio, sino producto de medianías aduladas, que, merced a la facilidad del trato social, piensan que por codearse en todas partes con el talento, y hasta discutir con él, pueden atreverse a las mismas empresas...

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

EL SOMBRERO DE TRES PICOS

Prefacio del autor

Pocos españoles, aun contando a los menos sabios y leídos, desconocen la historia vulgar que sirve de fundamento a la presente obrilla.

Un zafio pastor de cabras, que nunca había salido de la escondida cortija en que nació, fue el primero a quien nosotros se la oímos referir. Era el tal uno de aquellos rústicos sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de pícaros. Siempre que en la cortijada había fiesta, con motivo de boda o bautizo, o de solemne visita de los amos, tocábale a él poner los juegos de chasco y pantomima, hacer las payasadas y recitar los Romances y Relaciones; y precisamente en una ocasión de éstas (hace ya casi toda una vida..., es decir, hace ya más de treinta y cinco años) tuvo a bien deslumbrar y embelesar cierta noche nuestra inocencia (relativa) con el cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera*, o sea *El Molinero y la Molinera*, que hoy ofrecemos nosotros al público bajo el nombre más trascendental y filosófico (pues así lo requiere la gravedad de estos tiempos) de *El sombrero de tres picos*.

Recordamos, por más señas, que cuando el pastor nos dio tan buen rato, las muchachas casaderas allí reunidas se pusieron muy coloradas, de donde sus madres dedujeron que la historia era algo verde, por lo cual pusieron ellas al pastor de oro y azul; pero el pobre Repela (así se llamaba el pastor) no se mordió la lengua y contestó diciendo que no había por qué escandalizarse de aquel modo, pues nada resultaba de su Relación que no supiesen hasta las monjas y hasta las niñas de cuatro años...

—Y si no, vamos a ver —preguntó el cabrero—: ¿qué se sabe en claro de la historia de *El Corregidor y la Molinera*? ¡Que los casados duermen juntos, y que a ningún marido le acomoda que otro hombre duerma con su mujer!... ¡Me parece que la noticia...!

—Pues ¡es verdad! —respondieron las madres, oyendo las carcajadas de sus hijas.

—La prueba de que el tío Repela, tiene razón —observó en esto el padre del novio— es que todos los chicos y grandes aquí presentes se han enterado ya de que esta noche, así que se acaba el baile, Juanete y Manolilla estrenarán esa hermosa cama de matrimonio que la tía Gabriela acaba de enseñar a nuestras hijas para que admiren los bordados de los almohadones...

—¡Hay más! —dijo el abuelo de la novia—. Hasta en el libro de la doctrina y en los mismos sermones se habla a los niños de todas estas cosas tan naturales, al ponerlos al corriente de la larga esterilidad de Nuestra Señora Santa Ana, de la virtud del casto José, de la estratagema de Judit, y de otros muchos milagros que no recuerdo ahora. Por consiguiente, señores...

—¡Nada, nada, tío Repela! —exclamaron valerosamente las muchachas—. ¡Diga usted otra vez la Relación, que es muy divertida!

—¡Y hasta muy decente! —continuó el abuelo—. Pues en ella no se aconseja a nadie que sea malo; ni se le enseña a serlo; ni queda sin castigo el que lo es...

—¡Vaya! ¡Repítalo usted! —dijeron al fin consistorialmente las madres de familia.

El tío Repela volvió entonces a recitar el romance: y considerado ya su texto por todos a la luz de aquella crítica tan ingenua, hallaron que no había pero que ponerle; lo cual equivale a decir que le concedieron las licencias necesarias...

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

PEÑAS ARRIBA

Ya no llovía; pero estaba el mezquino retal de cielo que se veía desde allí levantando mucho la cabeza, cargado de nubarrones que pasaban a todo correr por encima del peñón frontero y desaparecían sobre el tejado de la casa. Entre nube y nube y cuando se rompía algún empalme de los de la apretada reata, asomaba un jironcito azul, salpicado de veladuras anacaradas; algo como esperanza de un poco de sol para más tarde, si por ventura regían en aquella salvaje comarca las mismas leyes meteorológicas que en el mundo que yo conocía.

Dejando este punto en duda, descendí con la mirada y la atención a lo que más me interesaba por el momento: lo que podía verse de la tierra en todas direcciones desde mi ob-

servatorio de piedra mohosa con barandilla de hierro oxidado. ¡Bien poco era ello, Dios de misericordia!

Delante y casi tocándole con la mano, un peñón enorme que se perdía de vista a lo alto, y aún continuaba creciendo según se alejaba cuesta arriba hacia mi izquierda, al paso que hacia la derecha decrecía lentamente y a medida que se estiraba, cuesta abajo, hasta estrellarse, convertido en cerro, contra una montaña que le cortaba el paso extendiendo sus faldas a un lado y a otro. Rozando las del peñón y la del cerro hasta desaparecer hacia la izquierda por el boquete que quedaba entre el extremo inferior del cerro y la montaña, bajaba el río a escape, dando tumbos y haciendo cabriolas y bramando en su cauce angosto y profundo, cubierto de malezas y de misterios. Inclinado hacia el río, entre él y la casa, debajo, enfrente y a la izquierda del balcón, un suelo viscoso de lastras húmedas con manchones de césped, musgos, ortigas y bardales. A la derecha y casi a plomo del balcón, el principio de un corral que seguía fachada abajo y daba vuelta en ángulo recto hacia la otra, lo mismo que el cobertizo que le cercaba por el lado del río, y estaba destinado, por las muestras visibles, a cuadras, leñeras y pajares. Por el estorbo de estos tejadillos y de la larga línea de fachada de la casona, sólo se alcanzaba a ver, por la derecha, una estrecha faja de terreno cultivado, paralela al río y perteneciente al valle que, según todas las trazas, se extendía hacia aquella parte, es decir, a la derecha del río. Y a todo esto, el patio y sus tejados, y el terreno de afuera, y las zarzas y los helechos y la baranda del balcón, en fin, cuanto se veía o se palpaba desde mi observatorio, húmedo, reluciente y goteando.

No habiendo cosa más risueña en que poner la vista por aquel lado, fuime a la otra fachada, la que correspondía al claro frontero a mi alcoba. Por esta puerta salí a un largo balcón o «solana», de madera encajonada entre dos «esquinales» o mensulones de sillería, llamados también «cortafuegos». En el de mi derecha resaltaba el grueso y tallado canto de un escudo de armas, cuyo frente no podía ver por lo que sobresalía el esquinal de la baranda del balcón. No pudiendo ver tampoco desde allí, y por idéntico motivo, el resto de la fachada, supuse, y no sin fundamento, que la parte de edificio habitada por mí formaba un cuerpo saliente. El balcón caía sobre un huerto del mismo ancho que aquella fachada de la casa, y muy poco más de largo, con sus correspondientes inclinaciones hacia ella y hacia el río; una docena de frutales en esqueleto; un cuadro de repollos medio podridos; algunas matas de ruda, de mejorana y de romero; un rosal vicioso y en barbecho lo demás; un muro viejo para cercarlo todo; y por encima del muro, surgiendo las moles de un negro anfiteatro de fragosos montes, que allá se andaban en altura con el peñón de la derecha, que formaba parte de él. Y no se veía otra cosa.

Por la dirección de la luz y otras señales bien fáciles de estimar, di por seguro que aquella fachada de la casa miraba al Sur, y que por el lastral que bajaba a mi izquierda, es decir, al Este, entre la pared del huerto y el monte de aquel lado desde un alto desfiladero que se veía algo lejano, había venido yo la noche antes. Por este viento nada tenía que observar, pues bien a la vista estaba la montaña que corría paralela a la casa asombrándola con su mole. Había, pues, que buscar por el Norte del «solar de mis mayores» la perspectiva del valle entero, que le parecía a Chisco «punto menos que la gloria».

Con este propósito me retiré de la solana de mi aposento, y salí al comedor. Estaban abiertos los dos claros de él que daban al exterior de la casa. Acerquéme a uno de ellos, y vi que correspondían ambos a otra solana muy escondida al socaire de la pared de mi habitación que, efectivamente, sobresalía mucho de la línea general de la fachada. Entre esta pared y otro mensulón mucho menos saliente que ella al extremo opuesto, corría la solana, a la que daba también una puerta del dormitorio de mi tío.

Estaba abierta y me colé dentro. No había allí más que una cama del mismo estilo que la mía, pero grande, de las llamadas de matrimonio; un crucifijo y una benditera en la pared del testero, una cómoda, dos perchas, un palanganero, un sillón de vaqueta, dos sillas y un felpudo. La cama estaba ya hecha, el suelo barrido y todas las cosas en orden, señal de que mi tío había madrugado más que yo. Me asomé a una ventana abierta en la pared del Este junto a una alacena, y vi lo que ya me había imaginado: el peñascal negro, jaspeado de grietas con vegetaciones silvestres y separado de la casa por un callejón pendiente, de lastras resbaladizas.

Al volver al comedor por la salona, halléme con mi tío que entraba en él por la puerta de enfrente. Llegaba fatigoso y se apoyaba en un bastón. A la luz del día parecíame su traza muy otra de lo que me había parecido a la luz artificial. El blanco y fino cutis de su cara tenía un matiz azulado, y había en sus ojos y en su boca una muy marcada expresión de anhelo. Sin embargo, su «humor» era el de siempre; y si era disimulo de lo contrario, no se le conocía. Se admiró de hallarme levantado tan temprano. Venía a ver qué era de mí; si se me oía revolverme en la cama, para entrar, en este caso, a abrirme los balcones, si lo deseaba, y si no, para tener el gusto de darme los buenos días. Le agradecí mucho su cuidado, y después de abrazarle le pregunté cómo había pasado la noche y por qué madrugaba tanto.

-Como siempre, hijo del alma -contestóme entre toses y jadeos-. Y no me las dé Dios peores. En buena salud, me levantaba con el alba; desde que tengo tan mal dormir, madrugo mucho más que el sol, y con todo y con ello, me sobra tiempo de cama.

JUAN VALERA
PEPITA JIMÉNEZ

Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria.

Tenía un tío llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezquinísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros, llena tal vez de trampas, y sin acertar a darse el lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un ser extraordinario; el genio de la economía. No se podía decir que crease riqueza; pero tenía una extraordinaria facultad de absorción con respecto a la de los otros, y en punto a consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservación y bienestar hayan tenido menos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Nadie por aquí le critica de usurero, antes bien le califican de caritativo, porque siendo moderado en todo, hasta en la usura lo era, y no solía llevar más de un 10 por 100 al año, mientras que en toda esta comarca llevan un 20 y hasta un 30 por 100, y aun parece poco.

Con este arreglo, con esta industria y con el ánimo consagrado siempre a aumentar y a no disminuir sus bienes, sin permitirse el lujo de casarse, ni de tener hijos, ni de fumar siquiera, llegó D. Gumersindo a la edad que he dicho, siendo poseedor de un capital importante sin duda en cualquier punto, y aquí considerado enorme, merced a la pobreza de estos lugareños y a la natural exageración andaluza.

Don Gumersindo, muy aseado y cuidadoso de su persona, era un viejo que no inspiraba repugnancia.

Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo raídas, pero sin una mancha y saltando de limpias, aunque de tiempo inmemorial se le conocía la misma capa, el mismo chaquetón y los mismos pantalones y chaleco. A veces se interrogaban en balde las gentes unas a otras a ver si alguien le había visto estrenar una prenda.

Con todos estos defectos, que aquí y en otras partes muchos consideran virtudes, aunque virtudes exageradas, D. Gumersindo tenía excelentes cualidades: era afable, servicial, compasivo, y se desvivía por complacer y ser útil a todo el mundo, aunque le costase traba-

jos, desvelos y fatigas, con tal que no le costase un real. Alegre y amigo de chanzas y de burlas, se hallaba en todas las reuniones y fiestas, cuando no eran a escote, y las regocijaba con la amenidad de su trato y con su discreta, aunque poco ática, conversación. Nunca había tenido inclinación alguna amorosa a una mujer determinada; pero inocentemente, sin malicia, gustaba de todas, y era el viejo más amigo de requebrar a las muchachas y que más las hiciese reír que había en diez leguas a la redonda.

Ya he dicho que era tío de la Pepita. Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella a cumplir los diez y seis. El era poderoso; ella pobre y desvalida.

La madre de ella era una mujer vulgar, de cortas luces y de instintos groseros. Adoraba a su hija, pero continuamente y con honda amargura se lamentaba de los sacrificios que por ella hacía, de las privaciones que sufría y de la desconsolada vejez y triste muerte que iba a tener en medio de tanta pobreza. Tenía, además, un hijo mayor que Pepita, que había sido gran calavera en el lugar, jugador y pendenciero, y a quien después de muchos disgustos había logrado colocar en la Habana en un empleillo de mala muerte, viéndose así libre de él y con el charco de por medio. Sin embargo, a los pocos años de estar en la Habana el muchacho, su mala conducta hizo que le dejaran cesante, y asaeteaba con cartas a su madre pidiéndole dinero. La madre, que apenas tenía para sí y para Pepita, se desesperaba, rabiaba, maldecía de sí y de su destino con paciencia poco evangélica, y cifraba toda su esperanza en una buena colocación para su hija que la sacase de apuros.

En tan angustiosa situación empezó D. Gumersindo a frecuentar la casa de Pepita y de su madre y a requebrar a Pepita con más ahinco y persistencia que solía requebrar a otras. Era, con todo, tan inverosímil y tan desatinado el suponer que un hombre que había pasado ochenta años sin querer casarse pensase en tal locura cuando ya tenía un pie en el sepulcro, que ni la madre de Pepita, ni Pepita mucho menos, sospecharon jamás los en verdad atrevidos pensamientos de D. Gumersindo. Así es, que un día ambas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, D. Gumersindo soltó con la mayor formalidad, y a boca de jarro, la siguiente categórica pregunta:

—Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

Pepita, aunque la pregunta venía después de mucha broma y pudiera tomarse por broma, y aunque inexperta de las cosas del mundo, por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres, y sobre todo en las mozas, por candidas que sean, conoció que aquello iba por lo serio, se puso colorada como una guinda y no contestó nada. La madre contestó por ella.

—Niña, no seas mal criada; contesta a tu tío lo que debes contestar: Tío, con mucho gusto; cuando usted quiera.

Este Tío, con mucho gusto; cuando usted quiera, entonces y varias veces después, dicen que salió casi mecánicamente de entre los trémulos labios de Pepita, cediendo a las amonestaciones, a los discursos, a las quejas, y hasta al mandato imperioso de su madre.

Veo que me extiende demasiado en hablar a usted de esta Pepita Jiménez y de su historia; pero me interesa, y supongo que debe interesarle, pues si es cierto lo que aquí aseguran, va a ser cuñada de usted y madrastra mía. Procuraré, sin embargo, no detenerme en pormenores, y referir, en resumen, cosas que acaso usted ya sepa, aunque hace tiempo que falta de aquí.

Pepita Jiménez se casó con D. Gumersindo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA CUESTIÓN PALPITANTE

Si al hablar de la teoría naturalista la personifico en Zola, no es porque sea el único a practicarla, sino porque la ha formulado clara y explícitamente en siete tomos de estudios crítico-literarios, sobre todo en el que lleva por título *La novela experimental*. Declara allí que el método del novelista moderno ha de ser el mismo que prescribe Claudio Bernard al médico en su *Introducción al estudio de la medicina experimental*; y afirma que en todo y por todo se refiere a las doctrinas del gran fisiólogo, limitándose a escribir novelista donde él puso médico. Fundado en estos cimientos, dice que así en los seres orgánicos como en los inorgánicos hay un determinismo absoluto en las condiciones de existencia de los fenómenos. «La ciencia, añade, prueba que las condiciones de existencia de todo fenómeno son las mismas en los cuerpos vivos que en los inertes, por donde la fisiología adquiere igual certidumbre que la química y la física. Pero hay más todavía: cuando se demuestre que el cuerpo del hombre es una máquina, cuyas piezas, andando el tiempo, monte y desmonte el experimentador a su arbitrio, será forzoso pasar a sus actos pasionales e intelectuales, y entonces penetraremos en los dominios que hasta hoy señorearon la poesía y las letras. Tenemos química y física experimentales; en pos viene la fisiología, y después la novela experimental también. Todo se enlaza: hubo que partir del determinismo de los cuerpos inorgánicos para llegar al de los vivos; y puesto que sabios como Claudio Bernard demuestran ahora que al cuerpo humano lo rigen leyes fijas, podemos vaticinar, sin que quepa error, la hora en que serán formuladas a su vez las leyes del pensamiento y de las pa-

siones. Igual determinismo debe regir la piedra del camino que el cerebro humano.» Hasta aquí el texto, que no peca de oscuro, y ahorra el trabajo de citar otros.

Tocamos con la mano el vicio capital de la estética naturalista. Someter el pensamiento y la pasión a las mismas leyes que determinan la caída de la piedra; considerar exclusivamente las influencias físico-químicas, prescindiendo hasta de la espontaneidad individual, es lo que se propone el naturalismo y lo que Zola llama en otro pasaje de sus obras «mostrar y poner de realce la bestia humana». Por lógica consecuencia, el naturalismo se obliga a no respirar sino del lado de la materia, a explicar el drama de la vida humana por medio del instinto ciego y la concupiscencia desenfadada. Se ve forzado el escritor rigurosamente partidario del método proclamado por Zola, a verificar una especie de selección entre los motivos que pueden determinar la voluntad humana, eligiendo siempre los externos y tangibles y desatendiendo los morales, íntimos y delicados: lo cual, sobre mutilar la realidad, es artificioso y a veces raya en afectación, cuando, por ejemplo, la heroína de *Una página de amor* manifiesta los grados de su enamoramiento por los de temperatura que alcanza la planta de sus pies.

Y no obstante, ¿cómo dudar que si la psicología, lo mismo que toda ciencia, tiene sus leyes ineludibles y su proceso causal y lógico, no posee la exactitud demostrable que encontramos, por ejemplo, en la física? En física el efecto corresponde estrictamente a la causa: poseyendo el dato anterior tenemos el posterior; mientras en los dominios del espíritu no existe ecuación entre la intensidad de la causa y del efecto, y el observador y el científico tienen que confesar, como lo confiesa Delboeuf (testigo de cuenta, autor de *La psicología considerada como ciencia natural*) «que lo psíquico es irreductible a lo físico».

En esta materia le ha sucedido a Zola una cosa que suele ocurrir a los científicos de afición: tomó las hipótesis por leyes, y sobre el frágil cimiento de dos o tres hechos aislados erigió un enorme edificio. Tal vez imaginó que hasta Claudio Bernard nadie había formulado las admirables reglas del método experimental, tan fecundas en resultados para las ciencias de la naturaleza. Hace rato que nuestro siglo aplica esas reglas, madres de sus adelantos. Zola quiere sujetar a ellas el arte, y el arte se resiste, como se resistiría el alado corcel Pegaso a tirar de una carreta; y bien sabe Dios que esta comparación no es en mi ánimo irrespetuosa para los hombres de ciencia; sólo quiero decir que su objeto y caminos son distintos de los del artista.

[...] El artista de raza (y no quiero negar que lo sea Zola, sino observar que sus pruritos científicos le extravían en este caso) nota en sí algo que se subleva ante la idea utilitaria, que constituye el segundo error estético de la escuela naturalista. Este error lo ha combati-

do más que nadie el mismo Zola, en un libro titulado *Mis odios* (anterior a *La Novela experimental*), refutando la obra póstuma de Proudhon, *Del principio del arte y de su función social*. Es de ver a Zola indignado porque Proudhon intenta convertir a los artistas en una especie de cofradía de menestrales que se consagra al perfeccionamiento de la humanidad, y leer cómo protesta en nombre de la independencia sublime del arte, diciendo con donaire que el objeto del escritor socialista es sin duda comerse las rosas en ensalada. No hay artista que se avenga a confundir así los dominios del arte y de la ciencia: si el arte moderno exige reflexión, madurez y cultura, el arte de todas las edades reclama principalmente la personalidad artística, lo que Zola, con frase vaga en demasía, llama el temperamento. Quien careciere de esa quisicosa, no pise los umbrales del templo de la belleza, porque será expulsado.

Puede y debe el arte apoyarse en las ciencias auxiliares; un escultor tiene que saber muy bien anatomía, para aspirar a hacer algo más que modelos anatómicos. Aquel sentimiento inefable que en nosotros produce la belleza, sea él lo que fuere y consista en lo que consista, es patrimonio exclusivo del arte. Yerra el naturalismo en este fin útil y secundario a que trata de enderezar las fuerzas artísticas de nuestro siglo, y este error y el sentido determinista y fatalista de su programa, son los límites que él mismo se impone, son las ligaduras que una fórmula más amplia ha de romper.

Tal cual la expone Zola, adolece la estética naturalista de los defectos que ya conocemos. Algunos de sus principios son de grandes resultados para el arte; pero existe en el naturalismo, considerado como cuerpo de doctrina, una limitación, un carácter cerrado y exclusivo que no acierta a explicar sino diciendo que se parece a las habitaciones bajas de techo y muy chicas, en las cuales la respiración se dificulta. Para no ahogarse hay que abrir la ventana: dejemos circular el aire y entrar la luz del cielo.

Si es real cuanto tiene existencia verdadera y efectiva, el realismo en el arte nos ofrece una teoría más ancha, completa y perfecta que el naturalismo. Comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concilla y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas.

Un hecho solo basta a probar la verdad de esto que afirmo. Por culpa de su estrecha tesis naturalista, Zola se ve obligado a desdeñar y negar el valor de la poesía lírica. Pues bien; para la estética realista vale tanto el poeta lírico más subjetivo e interior como el novelista más objetivo. Uno y otro dan forma artística a elementos reales. ¿Qué importa que esos elementos los tomen de dentro o de fuera, de la contemplación de su propia alma o de la

del mundo? Siempre que una realidad —sea del orden espiritual o del material— sirva de base al arte, basta para legitimarlo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LOS PAZOS DE ULLOA

Por más que el jinete trataba de sofrenarlo agarrándose con todas sus fuerzas a la única rienda de cordel y susurrando palabritas calmantes y mansas el peludo rocín seguía empeñándose en bajar la cuesta a un trote cochinerero que desencuadernaba los intestinos, cuando no a trancos desigualísimos de loco galope. Y era pendiente de veras aquel repecho del camino real de Santiago a Orense, en términos que los viandantes, al pasarlo, sacudían la cabeza murmurando que tenía bastante más declive del no sé cuantos por ciento marcado por la ley, y que sin duda al llevar la carretera en semejante dirección, ya sabrían los ingenieros lo que se pescaban, y alguna quinta de personaje político, alguna influencia electoral de grueso calibre debía de andar cerca.

Iba el jinete colorado, no como un pimiento, sino como una fresa, encendimiento propio de personas linfáticas. Por ser joven y de miembros delicados, y por no tener pelo de barba, pareciera un niño, a no desmentir la presunción sus trazas sacerdotales. Aunque cubierto del amarillo polvo que levantaba el trote del paco, bien se advertía que el traje del mozo era de paño negro liso, cortado con la flojedad y poca gracia que distingue a las prendas de ropa de seglar vestidas por clérigos. Los guantes despellejados ya por la tosca brida, eran asimismo negros y nuevecitos, igual que el hongo, que llevaba calado hasta las cejas, por temor a que los zarandeos de la trotada se lo hiciesen saltar al suelo, que sería el mayor compromiso del mundo. Bajo el cuello un desairado levitín asomaba un dedo de alzacuello, bordado de cuentas de abalorio. Demostraba el jinete escasa maestría hípica: inclinado sobre el arzón con las piernas encogidas y a dos dedos de salir despedido por las orejas, leíase en su rostro tanto miedo al cuartago como si fuese algún corcel indómito rebosando fiereza y bríos.

Al acabarse el repecho volvió el jaco a la sosegada andadura habitual, y pudo el jinete enderezarse sobre el aparejo redondo, cuya anchura inconmensurable le había descoyuntado los huesos todos de la región sacroilíaca. Respiró, quitóse el sombrero y recibió en la frente sudorosa el aire frío de la tarde. Caían ya oblicuamente los rayos del sol en los zarzales y setos, y un peón caminero, en mangas de camisa, pues tenía su chaqueta colocada sobre un mojón de granito daba lánguidos azadonazos en las hierbecillas nacidas al borde de

la cuneta. Tiró el jinete del ramal para detener a su cabalgadura, y ésta, que ya había dejado en la cuesta abajo las ganas de trotar, paró inmediatamente. El peón alzó la cabeza, y la placa dorada de su sombrero relució un instante.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme si falta mucho para la casa del señor marqués de Ulloa?

—¿Para los pazos de Ulloa? —contestó el peón repitiendo la pregunta.

—Eso es.

—Los pazos de Ulloa están allí —murmuró, extendiendo la mano para señalar a un punto en el horizonte—. Si la bestia anda bien, el camino que queda pronto se pasa... Ahora que tiene que seguir hasta aquel pinar, ¿ve?, y luego le cumple torcer a mano izquierda y luego cumple bajar a mano derecha por un atajillo, hasta el crucero... En el crucero ya no tiene pérdida, porque se ven los pazos, una «costrucción» muy grandísima.

—Pero... ¿cómo cuánto faltará? —preguntó con inquietud el clérigo.

Meneó el peón la tostada cabeza.

—Un bocadito, un bocadito...

Y sin más explicaciones, emprendió otra vez su desmayada faena, manejando el azadón lo mismo que si pesase cuatro arrobas.

Se resignó el viajero a continuar ignorando las leguas de que se compone un bocadito, y taloneó al rocín. El pinar no estaba muy distante, y por el centro de su sombría masa serpeneaba una trocha angostísima, en la cual se colaron montura y jinete. El sendero, sepultado en las oscuras profundidades del pinar, era casi impracticable; pero el jaco, que no desmentía las aptitudes especiales de la raza caballar gallega para andar por mal piso, avanzaba con suma precaución, cabizbajo, tanteando con el casco, para sortear cautelosamente las zanjas producidas por la llanta de los carros, los pedruscos, los troncos de pino cortados y atravesados donde hacían menos falta. Adelantaban poco a poco, y ya salían de las estrecheces a más desahogada senda, abierta entre pinos nuevos y montes poblados de aliaga sin haber tropezado con una sola heredad labradía, un plantío de coles que revelase la vida humana. De pronto los cascos del caballo cesaron de resonar y se hundieron en blanda alfombra: era una camada de estiércol vegetal tendida, según costumbre en el país, ante la casucha de un labrador. A la puerta, una mujer daba de mamar a una criatura. El jinete se detuvo.

—Señora, ¿sabe si voy bien para la casa del marqués de Ulloa?

—Va bien, va...

—¿Y falta mucho?

Enarcamiento de cejas, mirada apática y curiosa, respuesta ambigua en dialecto:

—La carrerita de un can...

«¡Estamos frescos!», pensó el viajero, que si no acertaba a calcular lo que anda un can en una carrera, barruntaba que debe de ser bastante para un caballo. En fin, llegando al cruce-ro vería los pazos de Ulloa... Todo se le volvía buscar el atajo, a la derecha... Ni señales. La vereda, ensanchándose, se internaba por tierra montañosa, salpicada de manchones de roble y algún que otro castaño todavía cargado de fruta; a derecha e izquierda, matorrales de brezo crecían desparramados y oscuros. Experimentaba el jinete indefinible malestar, disculpable en quien, nacido y criado en un pueblo tranquilo y soñoliento, se halla por vez primera frente a frente con la ruda y majestuosa soledad de la Naturaleza y recuerda historias de viajeros robados, de gentes asesinadas en sitios desiertos.

«¡Qué país de lobos!», dijo para sí, tétricamente impresionado.

Alegrósele el alma con la vista del atajo, que a su derecha se columbraba, estrecho y pendiente, entre un doble vallado de piedra, límite de dos montes. Bajaba fiándose en la mafia del jaco, para evitar tropezones, cuando divisó casi al alcance de su mano algo que le hizo estremecerse: una cruz de madera, pintada de negro con filetes blancos, medio caída ya sobre el murallón que la sustentaba. El clérigo sabía que estas cruces señalan el lugar donde un hombre pereció de muerte violenta; y persignándose, rezó un padrenuestro, mientras el caballo, sin duda por olfatear el rastro de algún zorro, temblaba levemente empujando las orejas, y adoptaba un trotecillo medroso que en breve lo condujo a una encrucijada. Entre el marco que le formaban las ramas de un estaño colosal erguía-se el crucero.

Tosco, de piedra común, tan mal labrado, que a primera vista parecía monumento románico, por más que en realidad sólo contaba un siglo de fecha, siendo obra de algún cantero con pujos de escultor, el crucero, en tal sitio y a tal hora, y bajo el dosel natural del magnífico árbol, era poético y hermoso. El jinete, tranquilizado y lleno de devoción, pronunció descubriéndose: «Adorámoste Cristo, y bendecímoste, pues por tu santísima Cruz redimiste al mundo», y de paso que rezaba, su mirada buscaba a lo lejos los pazos de Ulloa, que debían de ser aquel gran edificio cuadrilongo, con torres, allá en el fondo del valle. Poco duró la contemplación, y a punto estuvo el clérigo de besar tierra, merced a la huida que pegó el rocín, con las orejas enhiestas, loco de terror. El caso no era para menos: a cortísima distancia habían retumbado dos tiros.

Quedóse el jinete frío de espanto, agarrado al arzón, sin atreverse ni a registrar la maleza para averiguar dónde estarían ocultos los agresores; más su angustia fue corta, porque ya del ribazo situado a espaldas del crucero descendía un grupo de tres hombres, anteceditos

por otros tantos canes perdigueros, cuya presencia bastaba para demostrar que las escopetas de sus amos no amenazaban sino a las alimañas monteses.

BENITO PÉREZ GALDÓS

PRÓLOGO A LA REGENTA DI CLARÍN

Fuera de esto el llamado Naturalismo nos era familiar a los españoles en el reino de la Novela, pues los maestros de este arte lo practicaron con toda la libertad del mundo, y de ellos tomaron enseñanza los noveladores ingleses y franceses. Nuestros contemporáneos ciertamente no lo habían olvidado cuando vieron traspasar la frontera el estandarte naturalista, que no significaba más que la repatriación de una vieja idea; en los días mismos de esta repatriación tan trompeteada, la pintura fiel de la vida era practicada en España por Pereda y otros, y lo había sido antes por los escritores de costumbres. Pero fuerza es reconocer del Naturalismo que acá volvía como una corriente circular parecida al gulf stream, traía más calor y menos delicadeza y gracia. El nuestro, la corriente inicial, encarnaba la realidad en el cuerpo y rostro de un humorismo que era quizás la forma más genial de nuestra raza. Al volver a casa la onda, venía radicalmente desfigurada: en el paso por Albión habíanle arrebatado la socarronería española, que fácilmente convirtieron en humour inglés las manos hábiles de Fielding, Dickens y Thackeray, y despojado de aquella característica elemental, el naturalismo cambió de fisonomía en manos francesas: lo que perdió en gracia y donosura, lo ganó en fuerza analítica y en extensión, aplicándose a estados psicológicos que no encajan fácilmente en la forma picaresca. Recibimos, pues, con mermas y adiciones (y no nos asustemos del símil comercial) la mercancía que habíamos exportado, y casi desconocíamos la sangre nuestra y el aliento del alma española que aquel ser literario conservaba después de las alteraciones ocasionadas por sus viajes. En resumidas cuentas: Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptámosla nosotros restaurando el Naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando este en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca.

Cierto que nuestro esfuerzo para integrar el sistema no podía tener en Francia el eco que aquí tuvo la interpretación seca y descarnada de las purezas e impurezas del natural, porque Francia poderosa impone su ley en todas las artes; nosotros no somos nada en el mundo, y las voces que aquí damos, por mucho que quieran elevarse, no salen de la estrechez de esta pobre casa. Pero al fin, consolémonos de nuestro aislamiento en el rincón oc-

cidental, reconociendo en familia que nuestro arte de la naturalidad con su feliz concierto entre lo serio y lo cómico responde mejor que el francés a la verdad humana; que las crueldades descriptivas pierden toda repugnancia bajo la máscara burlesca empleada por Quevedo, y que los profundos estudios psicológicos pueden llegar a la mayor perfección con los granos de sal española que escritores como D. Juan Valera saben poner hasta en las más hondas disertaciones sobre cosa mística y ascética.

Para corroborar lo dicho, ningún ejemplo mejor que *La Regenta*, muestra feliz del Naturalismo restaurado, reintegrado en la calidad y ser de su origen, empresa para Clarín muy fácil y que hubo de realizar sin sentirlo, dejándose llevar de los impulsos primordiales de su grande ingenio. Influido intensamente por la irresistible fuerza de opinión literaria en favor de la sinceridad narrativa y descriptiva, admitió estas ideas con entusiasmo y las expuso disueltas en la inagotable vena de su graciosa picardía. Picaresca es en cierto modo *La Regenta*, lo que no excluye de ella la seriedad, en el fondo y en la forma, ni la descripción acertada de los más graves estados del alma humana. Y al propio tiempo, ¡qué feliz aleación de las bromas y las veras, fundidas juntas en el crisol de una lengua que no tiene semejante en la expresión equívoca ni en la gravedad socarrona!

LEOPOLDO ALAS, CLARÍN

LA REGENTA

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de

la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. -Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies.

Bismarck, un pillito ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo formidable de la Wamba, la gran campana que llamaba a coro a los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era de la tralla, según en Vetusta se llamaba a los de su condición; pero sus aficiones le llevaban a los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático de la tralla disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole a los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la Wamba con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando posaba para la hora del coro - así se decía- Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba asomado a una ventana, caballero en ella, y escupía con desdén y por el colmillo a la plazuela; y si se le antojaba disparaba chinitas sobre algún raro transeúnte que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía a la cabeza a los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

-¡Mia tú, Chiripa, que dice que pué más que yo! -dijo el monaguillo, casi escupiéndolo las palabras; y disparó media patata asada y podrida a la calle apuntando a un canónigo, pero seguro de no tocarle.

-¡Qué ha de poder! -respondió Bismarck, que en el campanario adulaba a Celedonio y en la calle le trataba a puntapiés y le arrancaba a viva fuerza las llaves para subir a tocar las oraciones-. Tú pués más que toos los delanteros, menos yo.

-Porque tú echas la zancadilla, mainate, y eres más grande... Mia, chico, ¿quiés que l'atice al señor Magistral que entra ahora?

-¿Le conoces tú desde ahí?

-Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos. Mia, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el benefiçiao a don Pedro el campanero el otro día: «Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca», y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasao don Fermín: «¡Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el coloretel!». ¿Qué te paece, chico? Se pinta la cara.

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y dinidad (creía que lo era el Magistral) en vez de ser delantero, con un mote sacao de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal. Pues, claro. Y si fuese campanero, el de verdad, vamos don Pedro... ¡ay Dios! entonces no se hablaba más que con el Obispo y el señor Roque el mayoral del correo.

-Pues chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el benefiçiao que en la iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos achantarse, y aguantar una bofetá si a mano viene; y si no, ahí está el Papa, que es... no sé cómo dijo... así... una cosa como... el crio de toos los crios.

-Eso será de boquirris -replicó Bismarck-. ¡Mia tú el Papa, que manda más que el rey! Y que le vi yo pinta, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de carcas (curas según Bismarck), y lo cual que le iban espantando las moscas con un paraguas, que parecía cosa del teatro... hombre... ¡si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente a ciertas bofetadas probables pa en bajando. Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

-¡El Laudes! -gritó Celedonio-, toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembló el aire y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera a dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebatava de la torre para llevar sus vibraciones por encima de Vestusta a la sierra vecina y a los extensos campos, que brillaban a lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el Otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de Septiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata, se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un tinte rojizo aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al Noroeste y por el Sur que dejaba libre a la vista se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla que deslumbraba como polvareda luminosa. Al Norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban como naves, ligeras nubecillas de un dorado pálido. Un jirón de la más leve parecía la luna, apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.